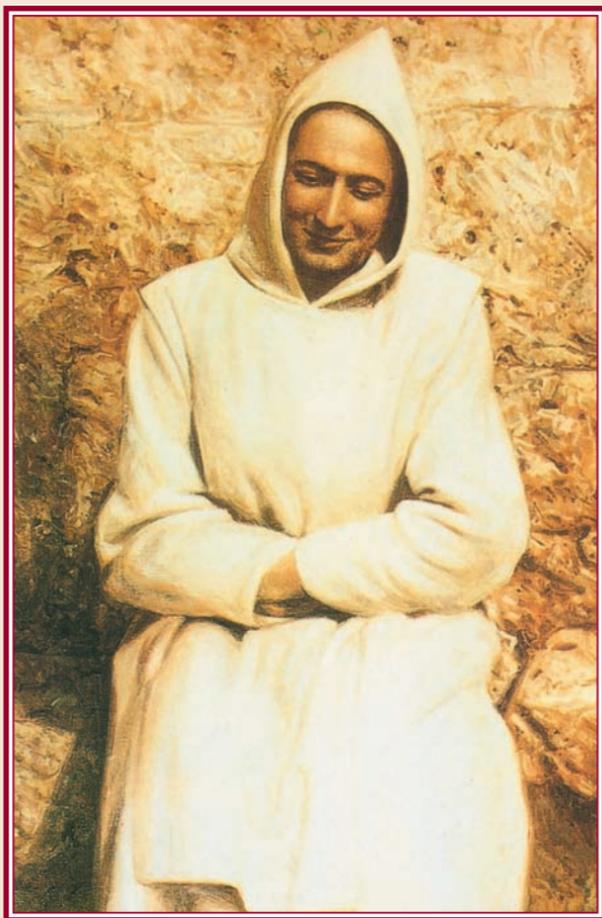


B. Rafael





**“¿Quién
podrá apartarnos
del amor
de Cristo?”**





SAN PABLO Y EL HERMANO RAFAEL

"AMOR A CRISTO"

P. Alberico Feliz

En este año 2008, llamado "Año de San Pablo", en que estamos celebrando el Jubileo del Apóstol de las Gentes, y en el que la Iglesia ha lanzado programas de acontecimientos extraordinarios en diversos campos, se nos ha aconsejado que podríamos aprovechar este evento, para presentar en estas conferencias la figura del Hº Rafael, frente a la gigantesca imagen de San Pablo.

A primera vista pudiera parecer un intento pueril o un gesto de petulancia piadosa, pero Dios prescinde de esas categorías, y no entiende de otra cosa mas que del enamoramiento que las almas tienen de Cristo.

- La primera referencia que tenemos de contactación del Hº Rafael con la figura de San Pablo fue por medio de sus pinceles. Se encontraba en la finca de sus tíos en Pedrosillo, de vacaciones al terminar el bachillerato, y como premio a sus estudios. Desde allí escribe a su padre una larga carta, en la que entre otras cosas le dice: "Estoy haciendo unos dibujos para las vidrieras de la capilla". Y será Dña Mercedes, quien nos aclare los motivos que estaba pintando: las figuras de San Pablo y San Bernardo.

Luego, nos encontramos con otra referencia de San Pablo en sus primeros escritos, por el año 1930, que de seguro le impactaron, y que copió en una antología de textos espirituales en "Anotaciones I", y que sin duda eran muy significativos para él:

- el uno se refiere al himno sobre el amor, al que se le ha llamado el "Cantar de los Cantares de la nueva alianza" y que a todos nos suena: "El amor es comprensivo, el amor es servicial y no tiene envidia, el

amor no presume ni se engríe, no es mal educado ni egoísta... el amor no pasa nunca” (1ªCor. 13,4-8);

- y el otro como eterno buscador de Dios, Rafael lo cifró en esta frase, también de San Pablo: “Dios vive en una luz a donde nadie puede llegar” (1ª Tim.6,16).

- Si al Hermano Rafael se le ha definido como “uno de los más grandes místicos del siglo XX”, -escrito que en su día nos envió el P. Antonio Royo Marín religioso dominico , doctor en teología, y que desde entonces se hace presente en todas las ediciones de “Vida y Escritos” y recogido por los Censores de la Sagrada Congregación-; de San Pablo se ha dicho, que es “el mayor místico de todos los tiempos” ratificado por el biblista internacional Padre Xavier León-Dufour, recientemente fallecido.

Por lo cual, bien podemos hablar de ambos, ya que usan el mismo lenguaje vivencial:

- San Pablo, para sembrarlo, como heraldo de Cristo, a lo largo y ancho del mundo pagano;
- y el Beato Rafael, para vivirlo en lo íntimo del alma;

o dicho de otra manera:

- San Pablo para gozarlo por dentro y por fuera;
- y el Hermano Rafael, para gustarlo con sabiduría divina en lo escondido de su espíritu, y dejarlo plasmado como mensaje imperecedero en sus preciosos escritos.

Básicamente, este careo espiritual, estriba en una relación interpersonal, en la que encontramos al Hermano Rafael sondeando en San Pablo hechos y sentimientos basados en la experiencia y en la vida, cada uno en su tiempo y en su vocación. Los textos paulinos que nos recuerda el Oblato Trapense no son muchos, -sólo 27-, pero sí es intenso y análogo el lenguaje espiritual, y hasta podemos considerarlo también como “heraldo de Cristo” en el amor y en la Cruz.

- San Pablo era un hombre de vasta cultura, profundo en su sentir y muy recio en su decidir:
- a los cinco años le internaron en el “Viñedo” o colegio infantil;
- a los seis, le trasladaron a la escuela de la sinagoga, para estudiar el contenido principal de la Torá;
- a los diez debía estudiar la tradición oral de la Mischnah, o sea la doctrina sobre el pecado;
- a los quince años debía dedicarse a la exposición doctrinal del Talmud;
- y a los dieciocho especializarse en la “Chuppa” o cámara nupcial.

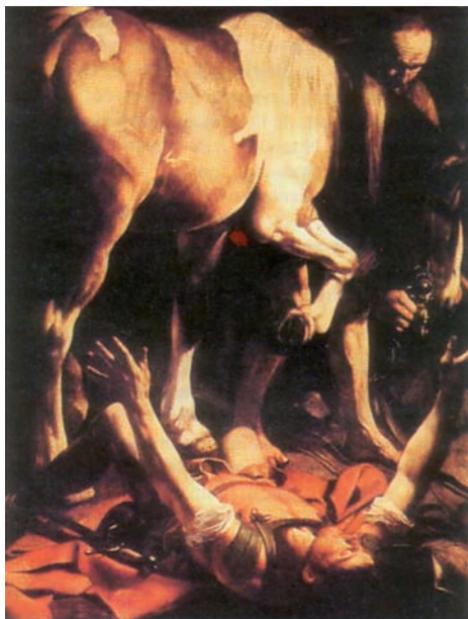
A los quince años, como discípulo de los rabinos, debía trasladarse a Jerusalén y frecuentar así la universidad del Templo. El rector de aquel entonces, era nada menos que el rabí Gamaliel, “muy honrado de todo el pueblo” (Hech. 5,34) y miembro del Consejo Supremo. Y Pablo sobresalió bien pronto entre sus compañeros (Gal.1,14) en preparación y leyes. Lo que más le atraía era la Biblia, la cual se aprendió de memoria en dos lenguas: la griega y la aramea.

Este bagaje de ciencia sagrada, junto con el ardor y valentía naturales con que ardía en celo por la Ley, era en la persona de Saulo el mejor instrumento para que el Consejo Supremo le nombrase a sus veinticinco años, inquisidor general y se lanzase a extirpar enteramente lo que para ellos era la maldita herejía de los cristianos.

Espías, soldados del Templo, poderes, todo estaba su disposición. De ahí las sorpresas nocturnas, visitas a las casas para indagaciones, arranque de confesiones y blasfemias contra Cristo por medio de torturas aplicadas. Las cárceles estaban llenas. Quien se podía salvar, huía al campo con su mujer e hijos y sus pobres haberes; pero tampoco allí estaban seguros, a todas partes les seguía a galope tendido Saulo con su gente. El perseguidor se hallaba furioso contra la Iglesia...

Pero nadie puede permanecer por mucho tiempo en una actitud de vida puramente negativa; este recurso de hipocresía era imposible para un hombre como Pablo, enemigo de toda medianía. Mientras más se enfurecía contra la Iglesia, más se le hincaba en el alma la espina de su incapacidad, ante la imperturbabilidad de los cristianos.

Pero es Dios quien marca la hora, que llegaría no tardando. En efecto: en una de sus expediciones de furor y exterminio camino de Damasco, llevaba en su bolsillo la carta requisitoria contra los cristianos de dicha ciudad. Pero cuando ya estaba relativamente cerca, bajo el turbante que cubría su cabeza, comienza un profundo dolor de ojos en el rostro de Saulo, y ocurre lo inaudito, lo nunca explicable: un brillo cegador de electro brilló sobre el cielo con deslumbrante resplandor, la cabalgadura se encabritó furiosamente, y el perseguidor cayó ciego al suelo.



El arco luminoso se plegó sobre el, y en el centro había un rostro de hombre celeste, que en tono de queja le requería dulcemente en su lengua: “¡Saulo, Saulo! ¿por qué me persigues?”

Desconocemos el tiempo que pasó, hasta que pudo trémulo, proferir con pregunta balbuciente: “¿Quién eres, Señor?”... E inmediatamente vino la palabra salvadora: “Yo soy Jesús, a quien tu persigues” .

Y se nos antoja ver, la faz glorificada de Cristo, con las señales de la Pasión, mostrándole las heridas y goterones en su rostro; sangre de los mártires que él, Saulo, había hecho derramar en tantos hermanos. Y con una iluminación rápida, le hizo ver cómo el Cuerpo de Cristo padecía en los suyos.

Con este golpe de gracia, la fe más profunda había nacido en él, brotando en las profundidades de su interior un torrente de luz, en el que reconoció la magnificencia de Dios que se manifestaba en el rostro de Cristo. Por eso escribiría más tarde: “El mismo Dios que dijo a las tinieblas brille la luz, ha hecho nacer la luz en nuestros corazones, para irradiar el conocimiento de la gloria de Dios que está en la faz de Cristo” (2ª Cor. 4, 6).

- Era una victoria de fuerzas misteriosas;
- el nacimiento de una vida nueva;
- la aparición de un mundo superior inexplorado;
- la roturación del seco terreno de su corazón;
- era una completa capitulación del entendimiento y de la voluntad;
- el derrumbe del castillo que había levantado contra Dios;
- un doblegar todos sus pensamientos a la obediencia de Cristo, tal como el mismo diría escribiendo a los Corintios:

“Las armas de nuestro combate no son carnales, sino que se apoyan en Dios; por eso son capaces de arrasar fortalezas, deshacer sofismas, y toda altanería que se subleve contra Dios, reduciendo a cautiverio todo entendimiento para obediencia de Cristo”.

Estaba convencidísimo que había contemplado realmente a Cristo resucitado y hablado con El, y que le había reservado su última aparición de Pascua.

- Como es natural, no es en este escenario tan aparatoso y llamativo donde vamos a fijar nuestra atención, aunque se trate de un irresistible esplendor de luz, de una ceguera fulminante, y de un total desvalimiento.

Ni siquiera en esa trémula pregunta del derribado y vencido, frente a la declaración de Cristo, sino en esa convulsión íntima, que en un desgarrón de conciencia le convierte:

- de ciego en clarividente,
- de hablador en balbuciente,
- de irascible en manso,
- de encarnizado enemigo, en amigo, heraldo y mensajero.

Este es el núcleo y centro de esta escena tan extrema, y que la Iglesia, ha tenido tan en cuenta como modelo y testimonio, que desde los tiempos más remotos, ha querido que se celebrara como fiesta el 25 de enero.

-Al querer recordar al Hermano Rafael, frente a este hecho tan espectacular e impresionante, que el mismo San Pablo memoriza cinco veces narrando su autobiografía para nosotros, y su argumento de fe irrefutable frente a sus

enemigos, se nos antoja no percibir concordancia alguna frente a la vida ordinaria y sencilla de nuestro Hermano Rafael.

Sin embargo, hay escenas tan trágicas en el alma, que pueden superar a una caída de cabalgadura, a una ceguera momentánea o a una desvalidez extrema. Porque sabemos muy bien, que los momentos decisivos en la vida, sobre todo si son de honda purificación y cambio de conducta, - de “purgación”, les llamaban los antiguos - , no son precisamente de fuera a dentro, sino de dentro a fuera.

Veamos algunas coincidencias o concordancias que podemos encontrar entre los dos:

- **una sorpresa fulminante.**

En San Pablo fue tan inesperada, que en pleno día, cuando no había lugar para las tinieblas, un rayo potente de luz le cegó.

En el Hermano Rafael también fue fulminante e inesperada. Así se lo dice a su tío:

“En los cuatro meses de noviciado, ni un mal dolor de cabeza; una salud estupenda y encantado de la vida. Comienzan los trabajos de la escarda. Los primeros días en el campo muy bien, alabando a Dios en medio de los trigos; un día, me siento muy cansado; al día siguiente más; al otro, ya no resisto... estoy agotado. El Padre enfermero analiza la orina y se queda asustado. Llega el médico y dice que tengo que ponerme en tratamiento inmediatamente y es imposible en el monasterio. Al día siguiente llega papá con el coche. A Oviedo llegué a las cuatro de la tarde, y a las seis me ponían la primera inyección de “insulina”, única cosa que dicen que lo cura”.

La segunda coincidencia, fue:

una ceguera casi total de sus ojos, pues aunque San Pablo los tenía abiertos no veía nada, hasta que no se le cayeron las escamas, y fueron sus acompañantes los que le servían de mozos de ciego.

El Hermano Rafael, cuando nos describe su tragedia, puntualiza: “Tengo mucho azúcar y tengo acetona; tengo un hambre terrible y una debilidad tal, que el leer me marea, el andar me cansa, apenas veo... Todo ha sido cuestión de unos días, pero ha habido días que he adelgazado dos kilos”. El traje que tan elegantemente vestía cuando llegó al monasterio, ahora parecía que estaba colgado de sus hombros como de una percha. También él tuvo que apoyarse en el hombre del P. Teófilo, cuando intentó bajar la escalera de la enfermería, pues por sí solo no podía por su gran debilidad.

La tercera concordancia fue:

el corte vertical de planes y proyectos soñados. Los de San Pablo eran del todo sanguinarios, nos lo recuerdan los Hechos de los Apóstoles: “Respirando amenazas contra los discípulos del Señor. Entraba en las casas, se llevaba por la fuerza hombres y mujeres y los metía en la cárcel(Hec.9,2): Yo mismo perseguí a muerte a ese Camino, es decir a la Iglesia”, nos dice San Pablo.

Los sueños de Rafael por el contrario eran totalmente distintos. Los conocemos por los escritos de su propia mano.

“Desde el primer contacto con la Trapa, lo deja bien claro. En la primera carta de petición, escribe al padre Abad: “Dios nuestro Señor ha obrado en mi de tal manera, que me he formado el propósito decidido de entregarme a El con todo mi corazón y de cuerpo y alma..., y es mi deseo de ingresar en la Orden del Císter.

...Por tanto, mi Reverendo Padre, si me recibe en la comunidad con sus hijos, tenga la seguridad de que recibe solamente un corazón muy alegre y con mucho amor da Dios”.

Y al Padre Maestro le aclara: “...El monasterio va a ser para mi dos cosas: primero, un rincón donde sin trabas pueda alabar a Dios noche y día; y segundo un purgatorio en la tierra donde pueda purificarme, perfeccionarme y llegar a ser santo... Parece que dicho así, con esa tranquilidad... “llegar a ser santo”, parece una pretensión un poco... no sé cómo decir... Pero es la verdad; quiero ser santo delante de Dios y no de los hombres; una santidad que se desarrolle en el coro, en el trabajo, y sobre todo, una santidad que se desarrolle en el silencio y que solamente Dios la sepa y ni aún yo mismo me de cuenta, pues entonces ya no sería verdadera santidad”.



Finalmente, otra coincidencia fue:

- la incertidumbre y el interrogante que brota espontáneo en medio del azaramiento y de la incapacidad de ver y moverse, con su mente en blanco y el susto del poder de Cristo sobre su persona: ¿“Quién eres, Señor? ¿Qué queréis que haga?...”

Lo que Pablo experimentó en una visión real y de éxtasis, Rafael lo vivirá en una visión prolongada de fe, convencido -después de muchas lágrimas y dolorosas incertidumbres-, de que era el mismo Dios lleno de amor, el protagonista de su drama.

Los proyectos sanguinarios de Pablo, el mismo nos lo recuerda, y cuando galopaba con esas intenciones en su corazón y con el hervor en su sangre,

de repente, sorpresivamente, llega el rayo deslumbrador y corta todos sus planes, suponiendo todo ello un “shock” indecible.

También conocemos por los escritos de su propia mano, los anhelos místicos que albergaba Rafael en su corazón, cuando hizo la petición de entrar en la Trapa:

“El monasterio va a ser para mi dos cosas: primero, un rincón del mundo donde sin trabas pueda alabar a Dios noche y día; y segundo, un purgatorio en la tierra donde pueda purificarme y perfeccionarme y llegar a ser santo...

Parece que dicho así con esa tranquilidad... llegar a ser santo, parece una pretensión un poco..., no sé cómo decir... Pero es la verdad, quiero ser santo, delante de Dios y no de los hombres; una santidad que se desarrolle en el coro, en el trabajo, y sobre todo, una santidad que se desarrolle en el silencio, y que solamente Dios la sepa y ni aún yo mismo me de cuenta, pues entonces ya no sería verdadera santidad...”.

Estas dos posturas extremas, la de “criminal” en Pablo, y la de “santo” en Rafael, para ser justas y equilibradas, tendrán que pasar por el crisol más extremo y la purificación más inextricable hasta conseguir la medida de Cristo.

Si nuestra Santa Teresa de Jesús, con su sutileza a lo divino, dejó escrito que: “mudar costumbre es siempre muerte”, podemos imaginarnos qué “muerte” podía ser la de San Pablo, iniciada en pura tragedia, hasta terminar en “vaso de elección” para llevar el nombre de Cristo hasta los confines de la tierra.

Ya decía también el doctor iluminado Raimundo Lulio: “Dime amigo, ¿qué cosa es el amor? Y respondía: “Muerte de quien vive, y vida de quien muere” ... (Blanquerna, 62 y 330).

Por eso se nos hace impensable lo que significaría para Saulo, trastocar su vida totalmente al revés, que dicho en términos espirituales, no es otra cosa que ese proceso de despojo y desprendimiento de lo que ha sido uno hasta aquí, para abrir la puerta al que es, y dar paso a que sólo Dios invada el interior.

- En San Pablo sería el “no dar coces contra el aguijón”, y cambiar sus ansias de poder, fama y dominio, por aquel convencimiento irrevocable de: “Todo lo estimo pérdida comparado con la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor. Por el que lo he perdido todo y todo lo estimo basura, con tal de ganar a Cristo y existir en El”. (Fil. 3,7).

-Y Rafael, ¿qué tendría que reformar y purificar, puesto que ya desde el mismo intento de entrar en el monasterio, su propósito firme e irrevocable no era otra cosa que llegar a ser santo?

El mismo nos lo va explicar cuando estaba degustando la amarga prueba de su primera salida del convento. Había quedado tan aturdido, que pide disculpas al P. Maestro cuando escribe:

“En realidad no se cómo comenzar esta carta... Quisiera disculparme por mi silencio, pero bien sabe Dios que no tengo disculpa que valga algo a los ojos de usted.”

Luego, le aclara su estado interior: “Me veo muy lejos de mi monasterio que cada día que pasa lo añoro con más cariño; para mi aquello es mi vida, y veo que el tiempo pasa y no veo lo que Dios quiere de mi. A veces pienso que efectivamente, no merezco ser hijo del Císter, que he soñado muy alto para mi pobre persona, que Dios me ha abatido y me ha castigado... Quizás pequé de soberbia, y le aseguro, Padre, que bien lo estoy purgando”.

Y en otra carta al P. Abad, le comenta de manera más detallada:

“Cuando hace dos años, desde este mismo Ávila solicité de su caridad que me admitiera en la comunidad, mi deseo era santo y bueno; yo buscaba a Dios, y Dios se me daba de una manera fácil... Sufrí, pero por El, eso no es sufrir... Tenía ilusiones, deseos, quería ser santo, pensaba con delicia en el coro, en ser algún día un verdadero monje. Tenía muchas cosas dentro, reverendo Padre...”

Y fijémonos en esto, que es el objeto de su purificación: “Yo buscaba Dios, pero también buscaba a las criaturas -y sabemos que por “criaturas” entendemos todo lo que no es Dios”-, y me buscaba a mi mismo, y Dios me quiere para El sólo... Mi vocación era de Dios y es de Dios, pero había que purificarla, había que limar asperezas.

Me dí al Señor con generosidad, pero todavía no se lo daba todo; le di mi persona, mi alma, mi carrera, mi familia..., pero aún me quedaba una cosa, que eran las ilusiones y los deseos, las esperanzas de ser trapense, hacer mis votos y cantar misa. Eso me sostenía en la Trapa, pero Dios quiere más, quiere siempre más; tenía que “transformarme” quería que solamente su amor me bastara” Reverendo Padre, no tengo más que explicarle; Dios me mandó una prueba, que al principio creí que era que Dios no me quería, que su voluntad era otra, pero El no cuenta para nada con nosotros, ni nos da explicaciones, cuando nos manda algo que nos conviene, ¡débiles criaturas, qué sabéis vosotras de los designios de Dios! El se encargará de hacer la obra sin consultarnos, nosotros no tenemos más que dejarnos moldear por su mano, y estarnos quietos, muy quietos”...

¿No recordaría aquí Rafael, como buen dibujante, la alegoría de San Juan de la Cruz, cuando nos presenta a Dios como un pintor primoroso, ante el que nosotros debemos estar quietos, muy quietos para que concluya su obra a la perfección?

Escribe el místico doctor que “no debemos resollar, cuando Dios, como un pintor que estuviese pintando y alcoholando un rostro -“alcoholar” en sentido cosmético significa poner negras las pestañas, para hermosear los ojos y el rostro-, se menease en querer hacer algo, no dejaría hacer nada al pintor, y deturbaría lo que estaba haciendo”.

Y termina Rafael: “El tiempo y las luces que El nos envía, servirán para ver más claramente la obra suya, y entonces darle infinitas gracias por el mino con que nos trata”.

-Tiene razón el poeta, cuando hablando de la naturaleza humana en propia persona, afirma:

“Soy luz y barro del suelo;
soy el polvo y el anhelo
puestos en perpetua guerra;
soy un poquito de tierra,
que tiene afanes de cielo”.(Pemán)

Por eso podemos interpretar la vida de San Pablo dividida en dos mitades: - el tiempo “sin Cristo”

- y el tiempo” “en Cristo”;

en la primera parte, Saulo cree perseguir y es perseguido y cazado, mientras que en la segunda , ha dado su existencia un vuelco tal, que todo lo tiene por basura con tal de ganar a Cristo.

Para pasar de un extremo a otro hay que recorrer un largo y arduo camino, que dicho con palabras de siempre, nos referimos a la obligada conversión y purificación, hasta llegar a transformar el barro en luz, y el puñado de tierra en afanes de cielo.

Y tanto la de San Pablo como la de Rafael, - y como la de otros muchos conversos-, han tenido su cita en el dolor y la prueba:

- Saulo ha cambiado de prisma y centro,
- y a Rafael “Dios le cambió el paisaje”.

Para que exista una conversión auténtica, es innegable que ha de darse una inserción entre el conocer y amar. El amor es la fuente profunda del conocimiento y el fondo dinámico de la donación: amamos poco porque conocemos poco, pues el conocimiento antecede siempre al amor.

Pero este conocer, no hay que tomarlo en sentido intelectual, sino en clave existencial, experimental, de total identificación en búsqueda de la unidad.

Es aquel conocimiento con el que San Pablo exhortaría más tarde a los Efesios: “Para que podamos llegar, -tanto personal como comunitariamente-, al conocimiento del Hijo de Dios, al estado del hombre perfecto, a la madurez de la plenitud de Cristo” (Ef.4,13); o como diría en otra ocasión: “Ese conocimiento del amor de Cristo que excede a todo conocimiento, para que os vayáis llenando hasta la plenitud de Dios”(Ef. 3,19).

Aquí se refiere San Pablo no al término griego de origen filosófico, sino a ese “conocer” religioso, místico, impregnado de amor; “conocimiento esponsal” del que el profeta Oseas dice por boca del mismo Dios: “Te desposaré conmigo en fidelidad y tu conocerás a Yhavé” (Os.2,22).

- Después de la “revelación de Cristo” en el camino de Damasco, ya no habrá en su ánimo y en su alma, otro punto de mira ni otra obsesión santa, más que “vestirse de Cristo” y pertenecerle en plenitud.

No se ha podido concretar a punto fijo, cuanto tiempo necesitó San Pablo para llenarse de ese “conocimiento de Cristo”, pero todo lo esencial ya lo llevaba en su interior como impreso a hierro desde su encuentro en Damasco, por eso quería consolidarlo en su soledad en Arabia, para luego poder repartirlo a manos llenas en su ministerio.

Un hombre, reservado, interior, contemplativo, místico, no habla de buena gana de los secretos de su alma; por eso San Lucas pasa en silencio este espacio de tiempo:

- o nada sabía de él,
- o San Pablo no habló con él de sí mismo, sino en la más estrecha confianza; eran los “secretos del Rey”...

Y Rafael dice que: “El secreto del Rey se mancha con el hálito de la publicidad”; “... ese secreto del Rey que envidiamos en los santos y que se reduce muchas veces a una cruz”.

- “La soledad da para todo”, dice nuestro Hermano Rafael..., pero en especial “para ser más de Dios” (108) pues en ella Dios está más cerca” (112); y añade: “ el corazón que busca a Cristo ama la soledad de todo y de todos, pues en esa misma soledad es donde Jesús se muestra”.
- La observación que pone el evangelista es imprecisa: “después de mucho tiempo”..., nos dice; pero será el mismo San Pablo quien nos lo aclare en su carta a los Gálatas: “Cuando Aquel que me escogió, me llamó a su gracia, y se dignó revelar a su Hijo en mi, sin consultar a los



hombres, me fuí a Arabia, y después volví a Damasco, mas tarde, pasados tres años” (Gal.1,17-18)

- De lo que no hay duda, es de la obligada metamorfosis que tuvo que sufrir, pues somos conscientes que, para desarraigar a un alma de sus anteriores condiciones y costumbres de vida hasta llegar a un “nuevo nacimiento”, no puede llevarse a cabo si no es con pesar y dolor.

En Saulo cayó todo un mundo en ruinas, para llegar a resucitar una “nueva creación en Cristo”, y “un nuevo régimen en el Espíritu”. (Rom.7,6). “Lo viejo pasó, ha empezado lo nuevo”(2ª Cor.5,17), por eso en gesto reconocido escribe: “Doy gracias a Aquel que me revistió de fortaleza, a Cristo Jesús Señor nuestro que me consideró digno de confianza..., a mi, que antes fuí un blasfemo y un perseguidor insolente. Su gracia sobreabundó en mi juntamente con la fe y la caridad en Cristo Jesús” (1ª Tim.1,12-14).

- En ambos, tanto en San Pablo como en Rafael hubo una auténtica “conversión”, aunque con procedimientos contrapuestos:
- a San Pablo del tumulto y vorágine del mundo, el Señor le lleva a la soledad más densa y prolongada: tres años...;
- a Rafael de la soledad monacal, le devuelve al mundo, del que a costa de tantos sacrificios había conseguido huir; sin embargo, en ambos va a darse un viraje de 90 grados. Y lo que ignoramos de San Pablo, lo sabemos casi día a día del Hº Rafael.
- Adelantémonos a decir, que todas estas purificaciones, fueron llamadas desde el primer momento la “hora de Dios”, con lo cual, ocurriera lo que ocurriera y sucediera lo que sucediera, van a ser traducidas a lo divino.

Con estos pasos de despojo, el Hº Rafael se va a ir “revistiendo de Cristo” como hiciera San Pablo en su densa y prolongada soledad; pues el sufrimiento, -y todo despojo es desnudamiento de seguridades-, es la forma suprema del aprendizaje, “la vía regia de la excelsitud” (Miguel de Unamuno)

-El asalto galopante de la diabetes aguda que en el Hermano Rafael vino a interrumpir brusca a inesperadamente su noviciado, fue un acontecimiento “extra” en su vida; de una u otra manera , todo el mundo lo pone de relieve, convencidos de que va a ser la clave de interpretación de la corta existencia del Hermano Rafael en su conjunto, tanto para gozar como para sufrir al lado de Cristo.

Los primeros momentos después de su salida del monasterio, fueron de confusión, frustración y dolor indecible; ni física ni espiritualmente podía reaccionar, pero obedeció y se dejó hacer. Largo tiempo permaneció en silencio, pero poco a poco fue penetrando el calor de Dios en su pensamiento y en su corazón, de modo que pudo escribir: “dura, muy dura es la prueba que estoy pasando, pero ni tiemblo ni me asusto”. “Veo la mano de Dios en todo lo que ocurre y

acontece... y te digo: “Feliz el que sufre por Cristo, y desgraciado el que en la tierra ve cumplidos sus deseos”.

Al unísono con la mejoría de su salud, que iba dando pasos positivos, se abrieron de tal modo, su ánimo y su esperanza, que llegó a soñar con los ojos abiertos, y lo que parecía un imposible, -volver de nuevo a la Trapa-, se le antojaba ya tocarlo con las manos... Gracias a las atenciones maternas de Dña. Mercedes, la recuperación fue tan positiva, que pensó que bien pronto podría reanudar su noviciado.

En realidad pudo vivir por unos momentos el acercamiento monacal, y pidió permiso, para pasar en el convento la fiesta onomástica del Padre Abad, que se celebraba el 1 de agosto. Después diría en una carta al P. Submaestro:

“Cada vez estoy mejor, y según el médico, ya estoy curado de mi “diabetes”. Hace ya muchos días que ya no tomo medicación ninguna, y ahora lo único que hago es ir acostumbrándome poco a poco a la comida del monasterio... El otro día me tomé un gran plato de alubias blancas, me hice el análisis después, y no tenía nada de azúcar”...

-Pero la prueba y el despojo tenían que continuar, de la manera y modo de Dios... y este sería el segundo paso de purificación. Si él salió del convento en el mes de mayo, sería en el mes de octubre cuando recibe otro grave contratiempo: la revolución de Asturias. De ella escribió doña Mercedes a su madre y familiares una carta larguísima de la que entresacamos estos detalles:

“A pesar de todos los colchones colocados en puertas y ventanas, la casa estaba acribillada a tiros, y tan expuestos estábamos a recibir uno, pues atravesaron puertas y pasillos, que nosotros, más los vecinos del piso superior, nos acomodamos en la antesala con un sillón que llevé para la nena (Merceditas), a quien no podíamos acostar... Un sitio reducidísimo, en el cual pasábamos días y noches eternos, sin dormir ni descansar un minuto, en un ruido atronador de tiros, de ametralladoras, fusiles, bombas y cañonazos, más la dinamita que incesantemente arrojaban los rebeldes incendiando casas y hermosos edificios y destruyendo todo lo hermoso e histórico de Oviedo...

...Todos enflaquecidos; yo penaba por la nena y por Rafaelín tan necesitados de alimento...”

Con las tensiones y nerviosismo de este suceso, sufrió un grave retroceso en su diabetes, y Rafael, en un encuentro con los Superiores en la Trapa el 21 de noviembre de ese año, expuso con toda sinceridad el estado negativo de su salud. Trasparencia que le acarrió el dar largas a su entrada, temiendo que su noviciado se le fuera de las manos. Esta determinación causó a Rafael una profunda angustia, pues una vez más se iban a derrumbar sus planes monacales.

-Y llegaría una tercera purificación: su condición de “Oblato”.

Fue entonces, cuando de una manera providencial, acudió al P. Teófilo para contarle la gran desilusión que había llevado, el cual, tuvo la feliz idea de proponerle el cambio de estado jurídico, y le indicó que pensara hacerlo como “oblatos”.

De este modo se le abrió a Rafael un nueva perspectiva, y aunque tuviera que esperar casi un año, -hasta el 9 de octubre de 1935-, quedó esperanzado con la garantía que le dieron los Superiores. No obstante, esta nueva oportunidad, a pesar de ser positiva y adaptada a sus anhelos vocacionales fue para el Hº Rafael, ocasión de una profunda angustia y días de continua tensión, resultandole una verdadera prueba de vocación monástica, produciéndole la prolongada espera “sine die”, por tiempo indefinido, una fuerte depresión moral y una muy honda tristeza:

- la silueta de su Monasterio se iba ensombreciendo y desvaneciendo;
- y su profunda humildad le sugería que era indigno de vivir en la casa de Dios, en medio de almas elegidas por el Señor.

Se hallaba en medio de una desolación espiritual; y Dios le conducía a un mayor despojo.

En esta etapa de “oblato”, sobresalen en sentido de purificación, dos cosas:

- situación de soledad cada vez más acusada, al no poder seguir el ritmo normal de la Comunidad, ni en el coro ni en el trabajo;
- y el no poder contactar con algunas personas más cercanas como podían ser el P. Teófilo y el Hº Tescelino: sin guía espiritual y sin confidente en la enfermería por estar en el servicio militar.

Está bien claro, que a Dios se le encuentra en “la nada”. Allí donde no hay cosas, está Dios. Y la fórmula para relacionarnos con El es: la de sin argumentos de lógica; por escala cordial, desde el evangelio y por Cristo. De ahí que tenga razón no solo San Juan de la Cruz con sus “nadas”, sino el autor de esta poesía moderna:

“Si me buscas, es porque me encontraste,
- mi Dios me dice-. Yo soy tu vacío...;
mientras no llegue al mar, no para el río,
ni hay otra muerte que a su afán le baste.
Aunque esa búsqueda tu corazón desgaste,
ni un punto la abandones, hijo mío,
pues que soy Yo quien con mi mano guío
tus pasos, en el coso, porque entraste.

Detrás de ti, te llevo a darte cara
y eres tu, quien te tapas para verme;
pero sigue, que el río al cabo, para;
cuando te vuelvas ya de vida inerme,
a lo que antes de ser tu, pasara,
descubrirás lo que en tu vela, hoy duerme.

(Miguel de Unamuno)

Cuando San Pablo dejó la soledad de Arabia, para poder repartir la superabundancia que Cristo había puesto en su interior, se dirigió a la sinagoga,

para dar comienzo a su carrera apostólica y poder repartir el tesoro que Cristo había depositado en su alma trasfigurada. Pero al pedir la palabra, para demostrar por el testimonio de los profetas, que “Jesús era el Mesías”, cien puños se alzaron contra el.

Unos gritaban: ¿no es ese el mismo que perseguía en Jerusalén a los que confesaban ese nombre, y fue enviado por el consejo supremo para condenarlos? Otros daban voces: “¡A fuera! ¡Es un renegado!”...

Una escena de este talante no puede sospecharse en una Trapa, aunque a Santa Teresa le ocurriera algo parecido en el Carmelo de la Encarnación en 1571; pero sí hubo deliberación y oposición: quiénes opinaban que no debía entrar ni aunque pagara una pensión; otros que mejor eligiera otra Orden menos estricta, como podía ser los Benedictinos etc.

Sin embargo prevaleció la determinación de que entrara como “Oblato”; y lo más curioso es que, le dieron la misma capa y el mismo escapulario que había usado de novicio, algo que resultó incomprensible, ya que el vestido de Oblato consistía en que llevara un manto corto hasta las rodillas y un escapulario sin capucha, y para el trabajo un chaperón, que terminaba en punta por detrás, y en forma redonda por delante.

Vendrían otras pruebas purificadoras: una para recibir el estigma de “inútil total” para el servicio militar, y otra con la tercera salida por agravarse la enfermedad diabética que le retendría en Villasandino casi un año.

- Pero vengamos al núcleo de este tema: el amor.

Hablemos de amor y no de “amores”, pues en los amores, puede haber de todo menos en lo que en rigor es el amor. Alguien ha dicho, que cuando Dios construyó el mundo, fue el amor lo mejor que salió de sus manos; y si al hombre lo hizo a su imagen y semejanza, el amor es participación de El mismo, de su substancia; por eso uno de los estigmas del amor, es ser insaciable; pues,

- si el cuerpo humano, es un ánfora que nunca se puede llenar,
- el alma humana, es un ansia que solo Cristo puede saciar.
- Dentro ya de la Iglesia, San Pablo es el primer gran enamorado de Cristo después de su muerte. En el camino de Damasco, no se limitó a conocerle, sino que entró a ser parte de El, a ser todo de El.

Efectivamente: el gran descubrimiento de San Pablo, es que, el Hijo de Dios vive en cada uno de los que creen en El, los transfigura con su luz y con su vida, por la resurrección. El Apóstol, lo sabe, lo siente y lo vive:

- Cristo vive en él, amándole con un amor loco, y haciendo de él una criatura nueva ;
- y Pablo está totalmente cogido por Cristo, penetrado, ocupado, poseído; y capitula sin condiciones ante este amor.

Tan es así, que no le importa nada, ni la larga vida ni la pronta muerte, cuando se trata de la causa de Cristo. Por eso no es extraño, que esta proposición

lapidaria, quedara esculpida con letras de oro, sobre el sepulcro de Apóstol en Roma: “Mi vivir es Cristo, y la muerte una ganancia”(Fil.1,22).

- Como eco de estas palabras, el Hº Rafael escribe haciendo oración: “Señor, atended a mi corazón; él sin ruidos y sin palabras sabrá expresaros todo lo que os amo y todo lo que sois para mi... Mi luz, mi guía, mi amor único, mi ilusión, mi única razón de vivir..., pues si yo os perdiera, Señor, mi vida se apagaría como una llama a la que le falta oxígeno, pues Vos sois mi aliento, el aire que respiro, el pan que como... ¿Qué queréis de mi, Señor ?... ¿Queréis que os ame más? ... Haced grande y generoso mi corazón, para ser todo vuestro, y amaros, amaros mucho, como nadie os ha amado”.

“Mi vida quisiera que fuera un solo acto de amor... un suspiro prolongado de ansias de Ti”.

- Por su parte, San Pablo, no conoce ninguna dicha propia, ningún interés privado; toda su valía e intereses son de Cristo; no obstante la elección se le hace difícil cuando estos dos deseos opuestos le estrechan: ¿Vivir libre de ataduras para gozar con Cristo, o seguir viviendo para darle a conocer? Estaba firmemente persuadido de que continuaría viviendo para provecho espiritual de los fieles.

- También en esos deseos que el Apóstol siente de “romper las ataduras del cuerpo para estar con Cristo”, podemos atisbar los anhelos que el Hermano Rafael vivía, y para los que tomó prestadas las palabras de San Juan de la Cruz en su “Llama de amor viva”: “Acaba ya si quieres... rompe la tela de este dulce encuentro”(838).

Petición bien definida, de conclusión inmediata, y con la fuerza imperativa del que urge: “sácame” o “máteme”. Estrofa en la que se sabe lo que se pide y cómo pedirlo:

- con encarecimiento afectuoso,
- y con un rogar persuadiendo, con gemido aunque suave y regalado (Ll.1,2.6.27.28.)

Y añade: “Si quieres”...: porque aquí el alma, tanto en vivir como en el morir, está conforme y ajustada con la voluntad de Dios (CB.11,8). Su querer es una forma de oración perfecta: “lo que tu quieres que pida, eso pido”(Ll.B.1,36); es el “fiat” y el “amén”, para que así sea, y que Rafael repitió tantas veces (Ll.B.1,28).

Y el amor urge por dentro: “Rompe la tela”... que no significa otra cosa, que la muerte de amor propiamente dicha (Ll.1,29ss). La tela de unión entre alma y cuerpo es ya tan tenue, sutil, delgada y flaca, que no puede trabar ya ambos estadios (Ll.B.1,29.32).

Pero si anhela el rompimiento, es para celebrar “el dulce encuentro”, la fiesta nupcial definitiva con el Amado, la glorificación jocunda y festiva del alma (Ll.B.1,8,9.) Encuentro efusivo entre ambos amados para siempre, como río ancho y tranquilo, que se ha adentrado para siempre en el mar del amor. (Ll.1,B.30).

- Aquí podríamos terminar, contemplando a estos dos místicos, locos por Cristo; pero todavía hay un grito lleno de ardor por parte de Pablo, que se le denomina como el “himno de la esperanza cristiana”, que como canto anticipado de triunfo, le hace superar todas las dificultades en su vida y apostolado; canto que fue secundado al pié de la letra por el Hº Rafael, dentro de su vocación y ambiente: “¿Quién podrá separarnos del amor a Cristo?” (Rom.8,35)

Y si en el Apóstol de las gentes, fueron los poderes políticos, los falsos hermanos, las cárceles, los naufragios, los azotes y la prisión; en Rafael serían: el “confort” como tentación para apartarle de su vocación, el frío, el hambre, el sueño, el trabajo, el silencio, la enfermedad con todas sus salidas y entradas cada vez más dolorosas.

En la cuarta y última entrada antes de morir, hizo esta oración: “Voy Señor, no me importa que el camino sea difícil, sea abrupto y esté lleno de espinas... Voy Señor, porque eres Tú, el único que llena mi alma.”

Como vemos, Cristo lo fue todo para Pablo y Rafael:

- el alma de sus almas;
- Alguien que les enseñó a caminar en el amor;
- Alguien a cuyo lado todo lo demás era basura;
- una Persona a la que podían abandonarse en plenitud, con la frase: “Sé muy bien de quien me he fiado”.

De este modo, tanto San Pablo como el Beato Rafael se han convertido en el modelo de amadores de Cristo:

- alguien para quienes el conocimiento se convirtió en amor;
- el amor en seguimiento,
- y el seguimiento en total oblación.





CUANDO LA VIDA ES CRISTO

Conchita Aspas

INTRODUCCIÓN

En este año dedicado a San Pablo, entre la cantidad de estudios y conferencias que tendrán lugar por teólogos y estudiosos de su figura y doctrina, y en el marco del triduo dedicado a profundizar en la espiritualidad de Rafael, tenemos por fuerza que hablar de los dos.

Distantes en el tiempo y en la historia y sin embargo con algo en común que centra sus vidas en torno a la Pasión, muerte y Resurrección de Jesús, esta última más patente en Pablo, por ser apóstol de la primera hora del cristianismo.

Tratando de enfocar la Conferencia, he comenzado haciendo referencia al encuentro que ambos tuvieron con Cristo y su posterior conversión a El.

Para continuar haciendo un recorrido por las epístolas paulinas, tratando de sacar a la luz, para nuestra contemplación y provecho, las similitudes existentes entre ambos.

Al llegar a la epístola a Filipenses y encontrarme con la expresión de Pablo:

“Para mi vivir es Cristo y morir ganancia”, la he cogido como eje central de la que toma nombre esta conferencia, titulada: “Cuando la vida es Cristo”.

Posteriormente, me he detenido ampliamente en los preciosos escritos de

Rafael en los que se pone de manifiesto cómo su vida fue Cristo y una ganancia el morir.

Para acabar en un último recorrido por las restantes epístolas paulinas. Concluyendo a la luz de los escritos de ambos, con una reflexión para nuestra vida, deseosa de que a todos nos sirva para algo este trabajo.

Pablo y Rafael se encuentran con Cristo

San Pablo, cuyo año estamos celebrando, y el Hermano Rafael en camino hacia la Canonización, son dos enamorados de Cristo, del Cristo crucificado que entrega su vida por la salvación de los hombres.

Ambos compartieron el mismo proyecto de vida de su Maestro, entregándola Pablo en un martirio, y Rafael en el martirio incruento de lo que fueron los cuatro últimos años de su existencia.

Los dos hicieron de Cristo, su única razón de vivir, a partir del encuentro personal y profundo con él. De todos nosotros es conocido el encuentro de Pablo con Cristo en el camino de Damasco y su posterior conversión a él.

También podemos conocer el encuentro de Rafael con Cristo en sus dos momentos, el primero allí en la Trapa, donde lo sensible y estético se mezcla con lo religioso en la belleza de la liturgia, y donde el contraste de la vida monacal con la mundana, se hace más patente.

Es aquí donde surge silenciosa y callada su primera llamada, ese primer atisbo de enamoramiento.

El segundo y definitivo momento, será mucho menos poético, y probará como nada la autenticidad del amor de Rafael a Cristo. Este se producirá cuando aparezca la enfermedad, y lleve a Rafael fuera del Monasterio. Será entonces, cuando en la oscura noche de la fe, sólo iluminada por el fuego del amor que arde en su corazón, cuando pronuncie su fiat definitivo al seguimiento de Cristo, coronado en las sucesivas entradas al Monasterio causadas por su enfermedad.

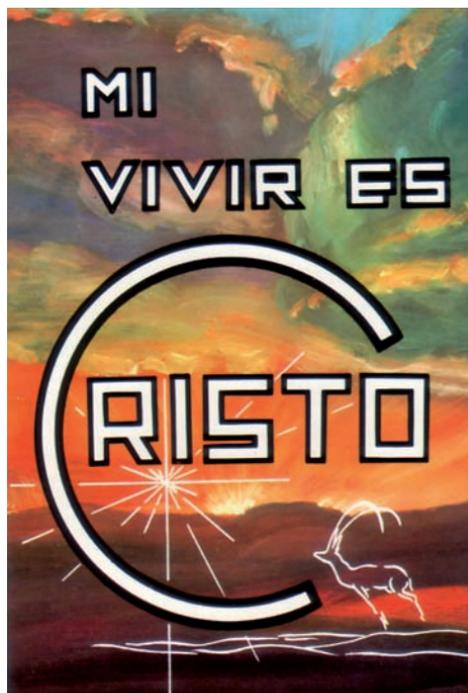
El camino que recorre Pablo a partir de su encuentro con Cristo, tiene como objetivo, que los hombres lleguen al conocimiento de Cristo, y alcancen la salvación mediante el anuncio del Evangelio. En adelante, a ello dedicará Pablo su vida y todas sus fuerzas.

Rafael, que también es llamado a colaborar en la salvación de los hombres, lo hará desde el apostolado del silencio, de la oración y de la alabanza divina, en una vida austera y escondida en su Monasterio de la Trapa.

Los dos serán caminos muy fecundos. Pablo vivirá el anuncio de la Palabra en medio de persecuciones, azotes, cárceles y toda clase de privaciones, hasta la entrega de su vida.

Rafael, vivirá su vida monástica con la cruz de su enfermedad, que hará de ella un verdadero martirio, hasta su muerte en plena juventud.

De este modo, ambos realizarán su propia y peculiar llamada a ser de Cristo y seguir sus pasos, siendo ellos los primeros salvados, al configurarse



ya en esta vida, con Cristo crucificado.

Los dos contribuirán con generosidad a la Salvación de las almas, acallando el deseo que les urgía, de morir pronto para estar con Cristo.

Recorrido por las Epístolas de S. Pablo

Haciendo un recorrido por las epístolas paulinas, seguimos el itinerario espiritual de Pablo, y podemos descubrir el pensamiento y la doctrina, que tiene un paralelismo y similitud, con el pensamiento y los escritos de Rafael.

En Romanos, capítulos 8, 12 y 14, Pablo tiene una conciencia clara de los padecimientos que el seguidor de Cristo, tiene que sufrir en su cuerpo y en su espíritu.

Por eso encontramos afirmaciones como estas: “Sufrimos con él, para ser con él glorificados”. Y: “Estimo que los sufrimientos del tiempo presente, no son comparables con la gloria que se ha de manifestar en nosotros”.

Otra experiencia de Pablo, reflejada en esta carta, es la de “poseer el Espíritu que gime en nuestro interior a la espera de la plena condición de hijos, del rescate de nuestro ser”.

Como también la de “haber sido predestinado a reproducir los rasgos de Cristo, como todos aquellos que aman a Dios”.

Más adelante, Pablo, nos exhorta a que “ofrezcamos nuestra propia existencia, como sacrificio vivo, consagrado, agradable a Dios, como culto auténtico”. Y también, a que “la esperanza los tenga alegres, a que sean constantes en la tribulación y perseverantes en la oración”

Y finalmente, Pablo en Romanos, nos dice: “Si vivimos, vivimos para el Señor y si morimos, morimos para el Señor: En la vida y en la muerte somos del Señor”.

Si conocemos bien los escritos de Rafael, al sacar a la luz todas estas expresiones de Pablo, nos habremos dado cuenta del paralelismo que tales escritos tienen con los suyos.

Vamos a detenernos en ellos:

Rafael comparte los sufrimientos de Cristo, amándose en la cruz de su enfermedad, abrazándose a ella, sintiendo una alegría inmensa de poder

sufrir por Jesús, hallando un tesoro en sus llagas, en sus espinas, en su sed, en su agonía y en su muerte.

Y recordamos también cómo gimió Rafael: “Ansias de vida eterna, ansias de volar a la verdadera vida. Ansias del alma que sujeta al cuerpo, gime por ver a Dios”.

Suspira el alma por verse pronto libre de la carne que la aprisiona y la atormenta. El alma llora de no ver aún a Dios.

Rafael al igual que Pablo, como he referido anteriormente, ama a Dios y es elegido para reproducir en él los rasgos de su Hijo mediante la Cruz.

Y como Pablo exhorta a los Romanos a ofrecer su vida, Rafael hace oblación de la suya, escuchemos sus palabras:

“Al Señor he ofrecido mi vida. ¡Que alegría sería el morir por Jesús y que El ofreciera al eterno Padre mi vida, en reparación de los pecados del mundo, de las guerras...! No me importa sufrir y padecer, si Jesús acepta mi oblación”.

Múltiples son también las alusiones a la alegría en los escritos de Rafael, citaremos sólo algunas: “Cumplo la voluntad de Dios con alegría”. O cuando a su tía María le escribe: “Que amemos con alegría, que gocemos con alegría, y que padezcamos con alegría”. O cuando en diálogo con el Señor exclama: “¡Qué alegría, Señor! Mándame lo que sea o flores o espinas. Qué más da!”.

Otra cosa que llena su alma de alegría es la Cruz.

Y ya para acabar con la epístola a los Romanos, podemos nosotros decir: En la vida y en la muerte, Rafael fue del Señor.

- Dejamos Romanos y pasamos a Corintios, donde Pablo expone su pensamiento y su doctrina sobre la Cruz. Y en donde nos recuerda que estamos de paso y que no es esta nuestra morada.

En la 1ª Carta a los Corintios, Pablo relaciona la sabiduría del mundo con la sabiduría cristiana, y textualmente dice: “La predicación de la Cruz es una necesidad para los que se pierden, mas para los que se salvan, para nosotros, es fuerza de Dios”. Y más adelante añade: “Porque la locura de Dios es más sabia que los hombres y la debilidad de Dios más potente que los hombres”. Para acabar diciendo: “Nosotros unos locos por Cristo”

En la 2ª a los Corintios citamos el siguiente texto: “Sabemos que si esta tienda, que es nuestra habitación terrestre, se desmorona, tenemos una casa que es de Dios, una habitación eterna, no hecha por mano humana, que está en los cielos”.

En relación a esta doctrina, hallamos las palabras de Rafael: “Ni el mundo puede comprender, ni tampoco es necesario, la locura del que ama a Cristo, la locura, sí, no tiene otra palabra, la locura de la cruz, que hace que el alma desbarre, que las palabras se hagan torpes, que tanto querer decir y no poder decir nada. La locura sostenida únicamente por esa camisa de fuerza que consiste en unirse a la voluntad de Dios... pues locos seamos, ya que más necesidad hay en un cuerdo del siglo, que en un millón de almas atacadas de la locura de Cristo. Bendita locura de Cristo que nos hace amar la cruz.

El mundo me llama loco e insensato, Señor, que me vuelva loco de veras de tanto amarte. Siento deseos de gritar: Jesús, Jesús, Jesús como un loco”.

Y en relación a la 2ª Corintios, dice Rafael: “Nuestra patria es el cielo..., cuando el corazón suspira por la patria del cielo ¿con qué indiferencia no mirará este destierro?. En medio de mi deseo de cielo, arrastro mi vida que el mundo sujeta”.

-Y ya en Gálatas, Pablo deja constancia, de cómo es su vivencia de Cristo en una frase muy conocida por todos nosotros: “Ya no vivo yo, vive en mi Cristo, y mi vivir de ahora es un vivir de fe en el Hijo de Dios que me amó y se entregó por mí”.

También Rafael, acercándose al final de la vida nos dirá esto en palabras muy similares.

- Y en filipenses 1,21-25, tocamos el eje central de esta conferencia con la siguiente expresión de Pablo: “Para mí la vida es Cristo y la muerte una ganancia”.

Muchas son las veces en las que Rafael en sus escritos, corrobora de una u otra manera, esta afirmación de Pablo, pues también para él vivir fe Cristo y una ganancia el morir.

Detengámonos en ellos, vale la pena.

La vida de Rafael es Cristo

Cuando Rafael decide seguir la llamada de Cristo, el mundo no entiende cómo él, que lo tiene todo, puede despreciarlo para encerrarse en el monasterio, pero luego, cuando sale del mismo debido a la enfermedad, y no renuncia volver a él, no una, sino hasta cuatro veces, entonces le llaman loco, y él increpando a ese mundo dice: “Lo que el buen Jesús me da, tú no lo comprendes. Jesús me lo da todo, pues me da su corazón... déjame pues seguirle, y no te interpongas en mi camino, pues cuantas veces tenga que saltarte, te saltaré y si Dios me da salud para ello, lucharé contra tí con pies y manos. Tú eres enemigo de Dios y por tanto lo eres mío”.

Como hemos dicho anteriormente, Rafael tuvo que tomar la opción de seguir a Jesús, en dos momentos distintos. En el primero, arrancando su corazón de los cariños puros de su familia y de su porvenir prometedor.

En el segundo, relegando el cuidado de su cuerpo enfermo a un segundo término, ya que tanto en un momento como en otro, Jesús estaba por encima de todo. Lo que el Señor quería de él, él mismo nos lo dice: “El Señor me pide seguir y no detenerme. ¿Qué hacer? pues lo de siempre, mirar arriba, mirar muy alto y seguir sin detenerme”

“Siempre con Jesús en todo momento, sin acordarnos ni del hambre, ni de la sed, , sin preocuparnos de vestir nuestros cuerpos ni ocuparnos de nosotros. Siempre con El, seguir, seguir seguir... sin mirar a los lados. Los ojos fijos en la cruz de Jesús. El corazón abrasado en amor”.

Cuando Rafael comprende és sígueme de Jesús, quiere morir. Cristo ha seducido su corazón, y este joven fascinado por la mirada de Jesús, no comprende el desprecio que el mundo hace de Jesús, y gime y llora el olvido en que le tienen los hombres.

Su corazón suspira por Cristo, piensa en él y no descansa, le llama a

gritos porque no quiere vivir aquí, ya nada le dice el mundo, sólo Jesús le llena y le dice: “Mi vida está en Tí... mi corazón está sediento de Tí, y te busca como el ciervo las fuentes”...

Ansias de volar a la verdadera vida, sí, ansias de vida eterna agitan su corazón, que ve como Pablo una ganancia el morir.

Y a este Rafael que suspira por verse libre de la carne y que llora por no ver aún a Dios, El lo hace esperar aunque Rafael le pida más de una vez, que rompa ya la tela de este dulce encuentro.

Sólo en Cristo hallan descanso su cuerpo y su alma fatigados, sólo en El puede apagar su sed, e insiste una y otra vez: “¡Señor, no tardes! Mira que tu siervo Rafael tiene prisa de estar Contigo”.

Rafael va como un alma en pena suspirando por Jesús, su único amor, un amor que será muy probado, porque Jesús le trae y le lleva, le zarandea de acá para allá, haciéndole unas veces llorar y otras reír.

Pero Rafael no sabe ni quiere vivir de otro modo y exclama:

“¡Qué feliz es vivir con Cristo!

Nada tengo y tengo a Cristo.

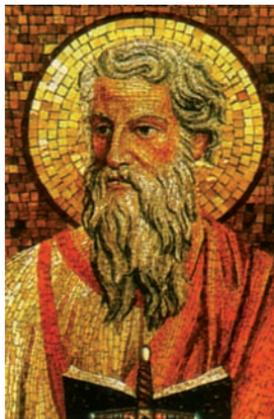
De nada gozo y mi gozo es Cristo.

¡Qué bien se vive Contigo! Si el mundo supiera”...

Cristo de todo le separa y le despoja para unirle mejor a El. Sólo Jesús le da aquello que no le pueden dar los hombres. Con Jesús a su lado, nada le es difícil, y el camino de la santidad se le hace cada día más sencillo.

Cristo es su único maestro, el que le enseña a no desear más que lo que quiere el Padre. Por eso Rafael espera con fe, y la espera se le hace dulce. Rafael ha aprendido a “saber esperar” mientras ama, sabiendo que es Jesús el que va a llegar.

Su corazón ama a Jesús, sin ruido de palabras y le expresa en silencio todo lo que es para él. Dice en más de una ocasión que tiene el corazón destrozado por su amor. Y allí en el Sagrario de su Trapa al que Dios le tiene sujeto, los gritos que quiere dar se le convierten en armonioso silencio que sólo oye Jesús.



Su morada es el Corazón de Cristo, él mismo exclama: "¡Qué bien se vive allí! Tiene un corazón enamorado de Jesús, y a El le dice: "¡Señor, cuánto te quiero, y cuánto me quieres Tú!"

En el día a día, la comunión le sostiene, lo es todo para él. Si tiene un Sagrario, nada le falta, porque allí está Jesús que en él le espera.

El mundo al que tiene que volver una y otra vez, no es su sitio, y anhela y suspira por volver a su Sagrario de la Trapa. Allí es feliz en su nada y dichoso en su Todo, que es Jesús.

Allí acude para suplir lo que el mundo no hace. Allí suspira, ríe y llora, sabiendo que sus lágrimas son perlas que adornan el Sagrario. Allí quisiera estar arrodillado día y noche porque es el centro de sus amores.

- El otro centro de sus amores que lleva muy dentro y que ama, es la cruz ensangrentada de Jesús, en ella aprende lo que sabe, y a sus pies ora. Allí junta sus lágrimas a la sangre de Jesús. Allí le pide el agua de su costado para quedar limpio y que la sangre divina llene su corazón.

Quiere morir abrazado a la Cruz, besar las llagas de Jesús, ahogarse en su sangre divina. Quiere que su agonía alivie la de Jesús. Si se abraza a la Cruz, es porque Jesús le espera en ella. Esa bendita Cruz es su tesoro. Dios le ha dado un corazón para sufrir amándolo, y siente que cundo más le hiere, más le quiere. Es tan feliz de poder sufrir por Jesús que querría sufrir aún después de muerto. Cuanto más le pesa la Cruz, más se llena de Dios. Su centro es Jesús, es su Cruz. Sólo vive para Jesús, y no tiene otra misión que amarle, y ofrecer su sangre para que los demás también le amen, y para ello ofrece al eterno Padre, su vida, en reparación de los pecados del mundo, de las guerras... Y le dice a Jesús: "Tómame a mi, y date Tú al mundo. Déjame repartir el tesoro que yo tengo, entre los necesitados del mundo".

Pero llegar a tener el corazón solo, desprendido del mundo. de las criaturas y de sí mismo, le cuesta muchas lágrimas. cuesta mucho llegar a besar la cruz, pero cuando está por fin en ella, se siente feliz junto a Jesús, y besa su mano lo mismo cuando le azota que cuando le acaricia.

Sus ansias de cruz y la locura de amor a Cristo, aumentan a medida que va llegando a la meta y le dice: "Si el mundo supiera el tesoro que encierran tus llagas, tus espinas, tu sed, tu agonía, tu muerte, tu cruz." Y se vuelve loco de alegría al ver que es Jesús quien le envía la cruz.

Sus intereses son los de Jesús, sus amores son los de El. Por eso ora e intercede por todo el mundo. Desde un corazón en el que los deseos se convierten en plegaria.

- Si halla a Cristo en la Comunión y en el Sagrario, también le halla en la renuncia de sí mismo y en la Cruz. Sabe que pertenece a Dios. Que solo Jesús puede llenar su alma. Que Dios le quiere para El solo, y que sólo su amor le basta.

Siente a Jesús dentro en todo momento hacia el final de su vida, y se llena de admiración por El, y no sabe otra cosa que amarle. Con Jesús lo tiene todo, nada le falta, y así exclama: "Dios es mi vida... Tengo a Dios... mi alma está tan llena".

Dios es su único deseo, su vida, su única razón de vivir y así exclama:

“Sólo Tú eres el que debe ocupar mi vida.

Sólo Tú llenar mi corazón.

Sólo Tú ser mi único pensamiento.

¡Dios! He aquí el motivo de vivir

la razón de existir”.

“Nada me interesa que no sea Cristo.

Nada me conmueve que no sea Dios”.

“Quisiera mi alma animar a todo el mundo, a sentir, a pensar, y a vivir por Dios y para Dios”.

Dios y siempre Dios. Ni el corazón acaba de hartarse, ni el alma encuentra sosiego fuera de Dios”

“Es dulce vivir, si tu vida no la vives tú, sino que sea Jesús en tí”.

“Sólo Jesús llena el corazón y el alma, y la llena toda”.

Último recorrido por las epístolas de San Pablo

Después de habernos detenido en Rafael, para ver cómo su vida fue Cristo y el morir ganancia, volvemos de nuevo a San Pablo, y retomamos la epístola a los Filipenses, que en el capítulo 3, resume lo que fue su vida después de haber conocido a Jesús: “Lo que para mi era ganancia, lo he juzgado una pérdida a causa de Cristo”. Y más aún: “ juzgo que todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Jesús, mi Señor, por quien perdí todas las cosas, y las tengo por basura para ganar a Cristo”

Y sigue: “Conocerle a El, el poder de su resurrección y la comunión en sus padecimientos hasta hacerme semejante a El en su muerte, tratando de llegar a la resurrección de entre los muertos”.

Escuchémosle a Pablo, sólo una cosa le interesa: “No que lo tenga ya conseguido o que sea ya perfecto, sino que continúo mi carrera por si consigo alcanzarlo, habiendo sido yo mismo alcanzado por Cristo Jesús. Yo, hermanos, no creo haberlo alcanzado todavía. Pero una cosa hago: olvido lo que dejé atrás y me lanzo a lo que está por delante, corriendo hacia la meta, para alcanzar el premio a que Dios me llama desde lo alto en Cristo Jesús”.

Vemos que el pensamiento de Pablo y Rafael al respecto, es el mismo, aunque Rafael no utilice la misma terminología de Pablo, de “correr hacia la meta para coger el premio”.

-Dejando Filipenses, seguimos con la epístola a los Colosenses capítulo 1, y escuchamos lo que dice Pablo: “Ahora me alegro por los padecimientos que soporto por vosotros, y completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, en favor de su Cuerpo que es la Iglesia”.

Y escuchamos a Rafael que nos dice: “Mi vocación es sufrir, sufrir en silencio por el mundo entero”. “¡Qué bien se vive sufriendo a tu lado!” “Siempre unido a los sufrimientos de tu Cruz!”.

- Y en el capítulo 3, Pablo nos exhorta a “aspirar a las cosas de arriba no a las de la tierra”. Algo que vivió Rafael desde muy temprano y que todos conocemos ya.

Pasando a la epístola que Pablo dirige a los Tesalonicenses, el Apóstol trata de la vigilancia en la espera de la Venida del Señor, leemos en el versículo 16 y siguientes algo que concuerda plenamente con lo que vivió también Rafael: “Estad siempre alegres. Orad constantemente. En todo dad gracias, pues esto es lo que Dios quiere de vosotros, en Cristo Jesús.

No extingáis el Espíritu, no despreciéis las profecías; examinadlo todo y quedaos con lo bueno. Absteneos de todo género de mal”.

En la 1ª Epístola a Timoteo, el pensamiento de Pablo que concuerda con la vida y el sentir de Rafael, lo hallamos en el capítulo 2: “Ante todo recomiendo que se hagan plegarias, súplicas y acciones de gracias por todos los hombres; por los reyes, y todos los constituidos en autoridad, para que podamos vivir una vida tranquila y apacible, con toda piedad y dignidad. Esto es bueno y agradable a Dios, nuestro Salvador, que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad”.

¡Cuánto oraría Rafael en la guerra civil que assolaba España, en la época que le tocó vivir!

Y también la 1ª Epístola a Timoteo, capítulo 6, le dice Pablo: “Tú, en cambio, hombre de Dios, huye de estas cosas; corre al alcance de la justicia de la piedad de la fe, de la caridad, de la paciencia en el sufrimiento, de la dulzura. Combate el buen combate de la fe, conquista la vida eterna a la que has sido llamado y de la que hiciste aquella solemne profesión delante de muchos testigos”.

- En la 2ª Epístola a Timoteo, capítulo 1, Pablo le recuerda que el Señor les dió como apóstoles, un espíritu de fortaleza, de caridad y de templanza, y le anima a sufrir con el por el Evangelio, y le dice en el versículo 12: “Por este motivo estoy soportando estos sufrimientos, pero no me avergüenzo, porque yo sé muy bien en quien he puesto mi fe”.

También Rafael era consciente de haber recibido el espíritu de fortaleza y de caridad, que le llevaba a soportar y ofrecer sus sufrimientos, porque al igual que Pablo sabía de quién se había fiado.

- Y en el capítulo 2, le anima con estas palabras: Manténte fuerte en la gracia de Cristo Jesús. Algo que también comenta Rafael cuando escribe: “Con tu gracia divina lo puedo todo”; o también: “Me maravillo que tu gracia no me mate, es tan grande y abundante”.

- Y a continuación, Pablo exhorta a Tito: “Soporta las fatigas conmigo, como buen soldado de Cristo Jesús”. Para seguir diciéndole: “Por eso todo lo soporto por los elegidos, para que también ellos alcancen la salvación que está en Cristo Jesús con la gloria eterna”.

Como vemos, los intereses de Pablo y de Rafael son los de Jesús, y por ellos todo lo soportan. Y ya en el capítulo 4, Pablo concluye que está a punto

de derramar su sangre, y el momento es inminente, que ha competido en la carrera, corrido hasta la meta, y que se ha mantenido fiel, y que ahora le aguarda la merecida corona con que el justo Juez le premiará, el último día”.

Conclusión

Cuando Jesús sale al encuentro de Pablo, y le pregunta: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?”. Pablo toma conciencia de que el Dios de Israel vive en Jesús, y que Jesús está en los cristianos que está persiguiendo, y fascinado y seducido por la persona de Jesús, todas las energías de su persona, tanto físicas como espirituales se polarizan en Cristo y en su seguimiento, quedando todo lo demás relegado a un segundo término, centrándose su vida en lo esencial.

También Rafael, cuyo proceso de conversión no reviste las características del de Pablo, sino que transcurre de una forma menos impactante, quedará fascinado y seducido por Cristo.

Los dos, como tantas veces hemos indicado a lo largo de estos escritos, enamorados de Jesús, son para nosotros un ejemplo, y sobre todo un estímulo en el camino hacia la santidad, y nos plantean el interrogante de qué hacemos de nuestra vida.

Todos nosotros, sea por nuestro bautismo o sea por una consagración especial, estamos en ese camino del seguimiento de Jesús, bien en la vida ordinaria o en los distintos ámbitos dentro de la diversidad de carismas existentes hoy en la Iglesia. Todos, sin excepción, somos llamados a no dejar pasar la vida sin más, sino que cualquiera que sea la circunstancia en la que nos encontremos, como lo hicieron Pablo y Rafael, hagamos de ella por nuestra entrega, un don para la Iglesia y para los demás, pan partido y sangre derramada, para dar la vida al mundo, como Jesús.





Hno. José Antonio Gimeno

San Pablo y el Hermano Rafael: “La Cruz y el Sufrimiento”

1. Introducción

Antes que nada es interesante acercarse a las dos nociones por las que vamos a ir navegando en esta conferencia: la cruz y el sufrimiento. ¿Qué evocamos con ambas nociones? En seguida nos viene a la mente situaciones dramáticas, desoladoras, que solemos llevar con pesadumbre y dolor. No obstante, hay sufrimientos que no siempre van ligadas con la cruz, pero la cruz suele ir siempre ligado con un cierto sufrimiento.

El sufrimiento no es algo significativo y particular de un cristiano, está inscrito en la misma naturaleza humana. La idea de una salvación, bajo unas formas concretas muy diferentes que reviste en las distintas religiones, comporta como elementos constante en todas ellas la superación de un estado negativo de mal o de sufrimiento,..., y el paso a un nueva situación de plenitud presentado generalmente como plenificación de un nuevo orden de ser.

Leemos en la Biblia que ya desde el Génesis, la unidad entre lo que es verdadero, bueno y bello se encuentra corrompida. Si la verdad siempre es bella, la belleza no siempre es verdadera. Dios no es el único que se viste de belleza, el mal lo imita y hace que la belleza sea profundamente ambigua, y de ahí el sufrimiento humano. El relato del libro del Génesis del árbol del fruto prohibido reproduce la misma situación: La mujer vio que el fruto era bueno para comer, hermoso a la vista y deseable, o dicho de otro modo, agradable a los sentidos y estético en su más alto grado.

Tras el pecado de nuestros primeros padres, la desobediencia humana se enfrentó al plan original de Dios, el sufrimiento se hace patente en el “castigo”, entre comillas, impuesto al hombre y a la mujer. A la mujer engendrar con dolor y al hombre sacar con fatiga el alimento de la tierra, pero la importancia del texto radica en la afirmación de la existencia del pecado, que alteró el plan de Dios en la creación. Al *Éros* de la creación se opone el *Éros* de la destrucción.

El sufrimiento está ahí, un misterio, una realidad que nos rodea por doquier. La misma muerte, en donde termina nuestra vida ya es una imagen de la precariedad de la misma. Pero el modo de enfrentar este sufrimiento es lo que nos distingue entre los seres humanos, y entre ellos a un cristiano. Ya nos lo indica el bto. Rafael: “...Qué pena que el mundo esté tan distraído..., porque he visto que los hombre no son malos... y que todos sufren, pero no saben sufrir” (MC 778).

A esta realidad del sufrimiento humano y del mal se opone la más realidad del bien. No todo quedó en la serpiente. La Cruz introduce a Dios como zarza ardiente en el mundo y hunde allí sus raíces, conduce al infierno, allí encuentra a Cristo y oye su mensaje de victoria sobre la muerte. En la Cruz se descubre la Escala de Jacob y el árbol de la vida. Pero el hecho y la memoria de la resurrección no anula la desesperación ante el mal: mientras sigan alzándose cruces en la historia algo “falta a la pasión de Cristo” (Col 1,24) que seguirá en agonía hasta el fin del mundo.

A lo largo de la historia del cristianismo, para el seguidor de Jesús de Nazaret, sufrir es cargar con su cruz. Jesús invitó a todo discípulo a cargar con su cruz como un signo de su seguimiento con estas palabras: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame” (Mc 8, 34 y paralelos). No obstante, estas palabras puestas en labios de Jesús sobre tomar la cruz, se empobrecerían y perderían su rico significado si viésemos en ellas el hecho de cargar con una cruz de madera usada en la pena capital romana. Más bien, teniendo en cuenta que las predicciones de Marcos sobre la pasión no mencionan la crucifixión, se refiere a una figura retórica del “yugo” de Cristo exaltado en Mt 11, 29 o al conjunto de sacrificios exigidos a cuantos quieren seguir a Jesús.

Para comprender esto nos puede ayudar un texto del libro de Ezequiel. Éste profeta tiene una visión en el que Yahvé manda al ángel, antes de un castigo inminente, marcar con un signo en forma de *tau* (que tiene en el alfabeto hebreo la forma de una cruz), “en la frente de los hombres que gimen y lloran por todas las abominaciones que se comenten en medio de ella” (Ez 9, 4). Esta figura retórica se basa en una práctica judaica de señalar a una persona o de ungir con una cruz (la forma de la antigua letra tau) como signo de arrepentimiento y distintivo espiritual que consagra al hombre a Dios. Siguiendo entonces este texto del AT, la invitación de Jesús a cargar cada uno con su cruz, estarían enmarcadas en este signo de arrepentimiento y conversión, y podrían haber tenido este significado: “Todo el que no se signa con esta *tau* (cruz, o sea, no se arrepiente y no se dedica completamente a Dios), no puede ser mi discípulo”¹.

Esta conversión pedida por Jesús pide se distinga de la conversión que hasta

entonces entendía el pueblo judío. En el antiguo pueblo elegido, la conversión implicaba el alejamiento de la mala vida seguida para atenerse a los dictámenes inculcados por la ley, escritos en la toráh. Así un judío piadoso suplicaba: “Condúcenos, Padre nuestro, a tu torah y llévanos a una completa conversión en tu presencia”. En cambio, Jesús en el NT no propone la conversión tanto como un cambio de vida de un camino desviado, sino como cambio total del propio modo de pensar y de obrar, como una renovación integral de uno mismo.

En el pórtico del NT se nos muestra al último de los profetas, Juan el Bautista. Este exigía la conversión para enderezar una conducta incorrecta, y así, evitar la ira de Dios, y, en cambio, Jesús nos pide adaptarnos a una alianza de intimidad con Dios a fin de penetrar en el nuevo Reino, con la sencillez de los niños: “Si no cambiáis y os hacéis como los niños, no entraréis en el Reino de los Cielos” (Mt 18,3). Y esta invitación de conversión, de cambio de vida no la hace sólo a los publicanos y pecadores que permanecen al margen de la comunidad salvífica, sino también a los fariseos y a las personas ricas observantes de la ley. De este modo Jesús coloca a todo hombre, ante la necesidad de convertirse al reino de Dios.

Resumiendo lo dicho, vemos que la noción de sufrimiento está inscrita misteriosamente en la misma naturaleza humana, en cambio la cruz, nos lleva hacia un camino de arrepentimiento y conversión, un camino en el Señor Jesús, y que él mismo nos enseñó con su ejemplo a llevar, morir en ella y resucitar con él.

Este itinerario pascual tanto el apóstol Pablo de Tarso, como Rafael Arnáiz Barón lo supieron vivir y morir. Ambos vivieron en dos contextos históricos bien



diferenciados, con una mentalidad y cultura distinta, pero ambos tuvieron una experiencia de conversión, una experiencia de encontrar su cruz, de afrontar el sufrimiento, de morir y resucitar con Cristo. Comparar dos personajes no es simplemente poner dos columnas en paralelo y mirar en lo que coinciden o no en sus biografías, obras realizadas, o caracteres... Lo que nos proponemos es tratar de mostrar dos experiencias en la misma fe.

Bien es cierto que entre los dos hay casi dos mil años de distancia, pero el cristianismo predicado por uno ha sido, con la gracia de Dios, intensamente vivido por el otro. Las manifestaciones exteriores serán bien diferentes en ambos, pero la fe en Jesús, la fe en una vocación, en una llamada del mismo Dios en Jesús resucitado y en un mismo Espíritu, de un encuentro con la cruz llevada cristianamente, les hacen a ambos poderosamente semejantes.

2. La cruz y el sufrimiento en el apóstol Pablo

Tres años más tarde de la muerte del Bto. Rafael en 1941, una carmelita descalza, filósofa y conversa judía, Sor Teresa Benedicta de la Cruz, emprendía una obra sobre un estudio de San Juan de la Cruz, que lo titulaba la Ciencia de La Cruz. En este estudio, hablando sobre San Pablo y la Cruz afirma: "... El alma, hecha una con Cristo, viviendo de su vida –pero sólo por su abandono en el Crucificado, sólo cuando ha recorrido con él todo el camino del Calvario-: en ninguna parte aparece esto tan clara e impresionantemente como en el mensaje de San Pablo que constituye una Ciencia de la Cruz, una Teología de la Cruz, basada en su experiencia íntima... la doctrina de la Cruz constituye el “Evangelium Pauli”, el mensaje que tiene que anunciar a judíos y gentiles.”²

Y este mensaje va precedido por una experiencia particular, que marcará el resto de su vida. Vamos a comenzar a estudiar, pues, lo que se conoce como la conversión del Pablo judío al Pablo cristiano. Son varios los textos que nos hacen referencia a su conversión tanto en las cartas paulinas como en los testimonios de sus discípulos³, y el testimonio que el autor del libro de los Hechos quiso presentar a sus coetáneos. Es interesante indicar que el mismo Pablo en sus escritos nunca interpretó su experiencia como una conversión, sino más bien como una llamada o vocación. En el libro de los Hechos de los Apóstoles se redacta en tres ocasiones: una vez en estilo narrativo en Hch 9, 3-9; y en otras dos ocasiones puesta en boca de Pablo: Hch 22, 6-10 y Hch 26, 12-18.

Pero es sobretudo en el capítulo 3 de la carta a los Efesios. donde Pablo refleja su cambio-transformación. Contrapone su vida de judío intransigente perseguidor de los cristianos a la del apóstol de Cristo a los Gentiles. Es significativo que el texto se exprese en forma pasiva: “he sido privado de todo...”, “...porque he sido alcanzado por Cristo Jesús” (Fil 3, 8. 14).

Lo que sí afirman estos textos es el hecho de la victoria alcanzada por Dios sobre aquel que perseguía fanáticamente a Cristo y su comunidad. Así pues esto nos indica que no se trata tanto de una conversión de un pecador arrepentido. Lo



que importa es que el Señor exaltado, con su poder soberano, convierte a su perseguidor en testigo suyo. El bautismo por manos de Ananías no tuvo para él la significación de una vivencia personal de conversión, sino significa el ingreso a la comunidad de los elegidos que habían recibido el don del espíritu, y cuya suerte estaba marcada por la muerte y la resurrección de Cristo (cf. 1Cor 12,12-13)

Todo lo que explica Pablo de su vida farisaica hace constatar que su “conversión” al cristianismo no fue fruto de una decepción o insatisfacción de la ley judaica. El que se encuentra con Cristo crucificado y glorificado es un fariseo orgulloso, para quien su pertenencia al pueblo escogido, la ley de Dios y su propia justicia, era su gloria. Pero un día, una revelación (Gál 1,16), una visión (2 Cor 3,18), fue alcanzado por Cristo (Fil 3, 12), entonces: “Lo que era para mí una ganancia, lo he juzgado una pérdida a causa de Cristo” (Fil 3, 7).

Para Pablo lo que le importa no es tanto el suceso de su experiencia sino el cambio que en él produce: “...todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor” (Fil 3, 8). En la Carta a los Gálatas se expresa con una terminología propia de la vocación de los profetas: “Mas, cuando aquel que me separó desde el seno de mi madre, y me llamó por su gracia...” que recuerda a las vocaciones de Jeremías 1, 5, y de Isaías en 49, 1. El fruto de la experiencia es el conocimiento de la identidad de Jesús de Nazaret (Gal 1, 16a), con el Cristo, el Mesías.

Ya con lo dicho nos podemos ir adentrando en el tema propuesto: la cruz y el sufrimiento en Pablo. Para ello comencemos por un texto de la carta que escribió

a los cristianos de Galacia 2, 19b-21, en la que nos dice ya el apóstol Pablo: “En efecto, yo por la ley he muerto a la ley, a fin de vivir para Dios: con Cristo estoy crucificado: y no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí; la vida que vivo al presente en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó a sí mismo por mí”. En este texto Pablo nos dice cuatro verdades importantes sobre esta nueva creación:

Con Cristo estoy crucificado

No vivo yo, sino es Cristo quien vive en mí

La vida que vivo al presente en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios

El hijo de Dios me amó y se entregó por mí.

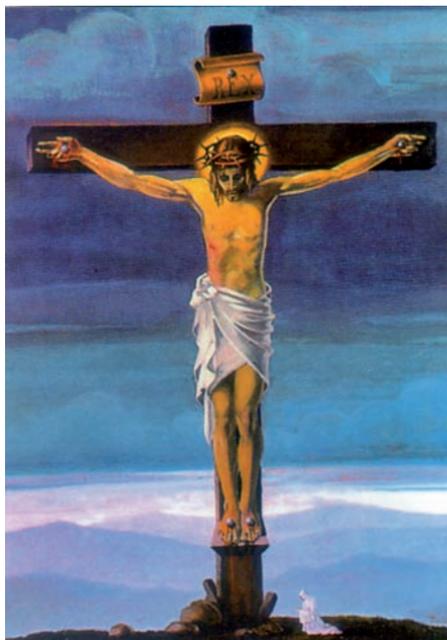
Pablo predica que toda la vida del cristiano se vive desde una fe que no significa un conocimiento racional de unas verdades abstractas, sino de un encuentro, un encuentro con Jesús crucificado, que me ama y se entrega por mí. Esta fe en Jesús crucificado nos hace hijos de Dios (3,26). Por la fe, Cristo se convierte en cierto sentido, en sujeto de todas las acciones vitales del cristiano.

La Cruz de Cristo ya no tiene sentido como un mero recuerdo del pasado, como una pena capital romana, en ella nos queda el recuerdo del crucificado, pero ahora como resucitado y victorioso frente al poder de la muerte y del mal. “Un Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; mas para los llamados, lo mismo judíos que griegos, un Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios” (1 Cor 22-23).

Sobre esta fuerza y poder Pablo va fundando comunidades cristianas, y a sus queridas comunidades les manda unas cartas, que nos han quedado todavía hoy para nuestra enseñanza de vida cristiana. En ellas se nos muestra un Pablo humano, que sufre, se cansa, se defiende ante sus detractores, como en el bello texto de los capítulos 10 al 13 de la 2 Carta a los Corintios: “si hay que gloriarse, en mi flaqueza me gloriaré” (2 Cor 11, 30). Y en sus sufrimientos, “sufro de dolores de parto, hasta ver a Cristo formado en vosotros”. (Gál 4, 19).

Para Pablo la Ley, la Toráh, era el pedagogo en el camino que conduce a Cristo. Esta Ley podía preparar para recibir la vida pero no podía dar vida alguna. Como decíamos al principio de la conferencia, Cristo ha tomado sobre sí el yugo de la Ley por cuanto la cumplió perfectamente y murió a causa de la Ley y por su medio. Con ello ha librado de la Ley a quienes de él quieren recibir la vida, mas sólo podrán recibirla cuando abandonen la suya propia. Porque cuantos han sido bautizados en Cristo han sido bautizados en su muerte (cf. Rm 6,3). Se han sumergidos en su vida para ser miembros de su cuerpo y, como tales, padecer y morir con él, pero también resucitar con él a la vida eterna y divina.

Al final de su carrera, Pablo, encadenado camino a Roma, en torno suyo se hizo de noche, y sin embargo, lucía la luz en su interior. Entonces, Pablo escribe una carta a su querido discípulo Timoteo. En ella se muestra con la conciencia de haber competido bien en la noble competición. Todos le abandonan, en su defensa nadie le asistió, pero en la confianza de Dios fue librado de la boca del



león. No obstante, la tradición nos dice que muere mártir en Roma. Final semejante al de su maestro. Pero a lo largo de su camino pascual, dejó un testimonio cristiano de que el sufrimiento ni la muerte tienen la última palabra.

3. La cruz y el sufrimiento en el Bto. Rafael Arnáiz

Ahora pasemos a ver estos dos temas, de la cruz y el sufrimiento en nuestro querido hno. Rafael. Para ello, no voy a decir nada de su biografía, pues me imagino que ya se conoce por la mayoría de los presentes, de esta sólo iré diciendo señales en el camino que me parecen interesantes, y desde mi punto de vista tuvieron en la experiencia espiritual de Rafael un momento de encuentro especial con el crucificado.

El sufrimiento en Rafael aparece ya desde su más temprana edad, con la enfermedad que le atacó en su infancia. Una vez sanado, en la biografía posterior de Rafael, se le describe como un chico normal, inteligente, sensible, y con unos grandes ideales de santidad, y donde los sufrimientos de entonces serían más o menos como las luchas cotidianas de los chicos de su edad.

Pero con la vocación a la vida monástica cambia el panorama. Tiene 22 años y al ver que si sigue la llamada tendrá que despedirse de su madre, le confía a su tío Leopoldo: *“Mi Madre, toca el piano, ..., me tengo que ir... Si callo, sufro mucho, si mi alegría alegra a mis padres, sufro más... Qué bueno*



es Dios, tío Polín, que me hace sufrir por El, pues si no fuese por El, yo no tenía por qué desgarrarme el corazón poco a poco y lentamente como lo estoy." (C 44). A partir de entonces, en su vida el sufrimiento se haría presente de formas que entonces no se podría imaginar. Se podrían resumir en las entradas y salidas del monasterio, las despedidas en ambos casos de la familia y de los monjes de su querida Trapa, de su enfermedad incurable, que día a día empeoraba, más tarde el sufrimiento de no haber marchado al frente al considerársele "inútil"... y sobre todo en un momento de su vida, el silencio de Dios: "*Perdóname, Señor... ¿Estoy tan cansado!. Mi alma sufre de verse privada de tus amores, sufre de verse en el encierro de este cuerpo miserable... Estoy enfermo, Señor, ten misericordia de mí*" (NC 1.117).

Siente que su corazón está hecho para sufrir, pero sin saber si ha llegado a amar el sufrimiento alguna vez (cf. C 538). Creo que no es necesario citar los textos en donde Rafael se nos confiesa sus sufrimientos. Al principio de la conferencia decía que es propio de la naturaleza humana el sufrir, pero que el modo de enfrentar el sufrimiento distinguen a los seres humanos de unos y otros. Así Rafael, se expresa sobre este sufrimiento a su tía María: "*Me dirás, mi sufrimiento es humano y para soportarlo necesito ayuda humana. Pero te digo: santifícalo con amor a Dios y por Dios...*" (532)

Aquí ya nos pasamos al tema de la cruz, a partir de un texto de Rafael. El 6 de Diciembre de 1936, una vez arreglado lo referente a su inutilidad para ir al frente, por tercera vez abandona a los suyos e ingresa en el monasterio. A los dos días, ya en el monasterio comienza Rafael a escribir unos textos que hoy se conocen como "Mi cuaderno", dedicado a su hermano Leopoldo. Y Rafael comienza a recordar, a meditar sobre su vocación trapense, sus ilusiones y sueños, ideales y fracasos... y nos dice con intensa realidad: "*Aquel novicio..., ya no es novicio. Dios le quiere mucho..., mucho más de lo que él se figura. A aquel novicio, Dios le quitó la salud... Le hizo ver que las campanas a veces tienen grietas y suenan mal... Que el sol, también a veces se oculta, y que enmudecen los pájaros... Le cambió el paisaje, le mandó la cruz...*" (859).

A partir de esta afirmación, "le cambió el paisaje, le mandó la cruz", nos podríamos hacer una pregunta interesante, ¿Rafael, antes de este momento, de este escrito, no tenía ninguna cruz? ¿Rafael todavía no había abrazado su cruz, no había cargado con el yugo que invita Jesús a sus discípulos? Comienzan los desengaños en la vida de Rafael, así nos lo muestra en Mi Cuaderno: "*Qué engañados estábamos cuando creíamos que la soledad era cruz. Qué ceguera tan grande es buscar a Dios entre consuelos humanos.*" (767).

Ahora, pasemos a recordar lo que decíamos al principio sobre el sentido de la cruz cristiana. Esta nos lleva a un camino de arrepentimiento y de conversión. Si en Pablo de Tarso veíamos el paso del pablo judío al Pablo cristiano, como un paso de conversión. ¿Dónde encontramos "la conversión" de Rafael? Si bien es cierto que nació en un ambiente muy cristiano, y nunca se le vio ni manifestó dudas de fe, esta fe en cambio se va viviendo de distintas maneras y abriendo a nuevas etapas a lo largo de la vida. Pero es curioso que Rafael nunca cite el

vocablo “conversión”. Poco usual por cierto en el ámbito donde desarrolló su espiritualidad cristiana.

Es preciso recordar que no siempre la conversión dice relación alguna a un momento particular de la propia existencia. Una conversión auténtica se va estructurando dentro de un fluir continuo y se profundiza. La conversión evangélica no se limita a superar el estado pecaminoso, sino, en terminología paulina, “ser en Cristo”, un “morir y resucitar del hombre con Cristo”, un “ser una nueva criatura”. En este morir y resucitar es donde Rafael se vistió con trajes de nueva criatura. Y Rafael se encontró con su cruz...

El cristiano camina siempre al lado de una cruz, pero hay cruces y cruces, y las perspectivas van cambiando, y el peso de las mismas aumentando. Mientras va escribiendo Mi Cuaderno, entre los meses Diciembre de 1936 y Febrero de 1937 florece ya un Rafael distinto. Sólo hace falta comparar Mi Cuaderno con las Meditaciones de un Trapense, dos docenas de monólogos o soliloquios que escribió en el verano de 1936, en la Trapa donde había vuelto ya bastante restablecido de su diabetes. Como nos describe su confesor el P. Teófilo, son unos escritos “donde la paz y la santa alegría volvieron a reinar en su corazón lleno de amor de Dios, dejando plasmados en su cuaderno los tiernos afectos de un alma enamorada de Dios y de María, a quien descubre a través de todas las criaturas en el gran libro de la naturaleza”⁴

Tras estas Meditaciones, otra salida, y otro regreso a su casa... y a los tres meses otra despedida familiar y otro regreso a la Trapa... pero el 7 de Febrero de 1937 tiene que dejar por tercera vez su querido monasterio. Ahora la cruz sí que le ha cambiado el panorama, y la pregunta con que Rafael terminó esas meditaciones deliciosas le debe de resonar profundamente en el corazón: “¿*qué más te da, Hermano Rafael, que llueva o que haga sol?*”.

El día antes, 6 de Febrero de 1937, termina su cuaderno donde manifiesta que ve claramente la mano de Dios. No obstante hace una afirmación que nos puede ayudar a buscar el sentido de la conversión de Rafael: “*Él me saca de aquí... El me ha de volver a llevar otra vez a vivir en su morada... ¡Estoy tan seguro que he de morir trapense!*”, y continúa en el descubrimiento de una nueva vocación “*No sé por qué..., pero aunque humanamente hablando parece que todo me es adverso, no es así..., pues la infinita bondad de Dios, los designios sobre sus criaturas, muchas veces se ocultan de una manera tan extraña a los ojos de los hombres..., que hace falta otros ojos que no son los del cuerpo para verlo*” (876).

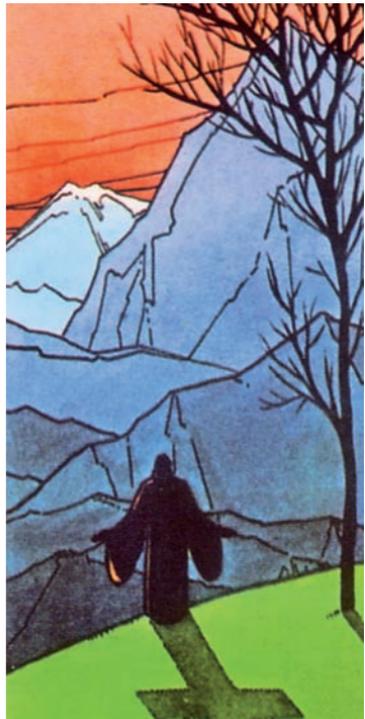
Ahora volvamos para atrás, poco antes de su primer ingreso, el 1 de Enero de 1934, le escribe a su futuro maestro de novicios “*El monasterio va a ser para mí dos cosas: primero, un rincón del mundo donde sin trabas pueda alabar a Dios noche y día; y segundo, un purgatorio en la tierra donde pueda purificarme y llegar a ser santo...*” (115). Alabanza y purgatorio. Tres años después, volverá a reflexionar sobre su vocación trapense, y nos dice cómo va a ser su vida en la Trapa: “*Vuelvo de nuevo a la Trapa para seguir cumpliendo mi vocación, que es solamente amar a Dios, en el sacrificio y en la renuncia, (...)* Es la tercera vez

que por seguir a Jesús abandono todo, y yo creo que esta vez fue un milagro de Dios, pues por mis propias fuerzas es seguro que no hubiera podido venir a la Enfermería de la Trapa, a pasar penalidades, hambre en el cuerpo, debido a mi enfermedad y soledad en el corazón, pues encuentro a los hombre muy lejos. Sólo Dios..., sólo Dios..., sólo Dios. Ese es mi tema..., ése es mi único tema” (1000).

¿Quién ha sido el maestro de este cambio? La cruz. Su nueva vocación. Del 7 de Febrero al 15 de Diciembre de 1937, Rafael lo pasa con su familia restableciéndose de su enfermedad. Allí medita sobre su verdadera vocación, y duda sobre la misma: “¿Qué hacer cuando un alma se ve sin luz, cuando no ve más que sus miserias, cuándo hasta parece que el espíritu se convierte en tierra y en lodo, cuando los labios bendicen la cruz y el corazón la rechaza?” (909). Rafael se va dando cuenta que amar la cruz es una locura, así le escribe a su tío: “Ni el mundo puede comprender, ni tampoco es necesario, la locura del que ama a Cristo. La locura, sí, no tiene otra palabra, la locura de la cruz...” (916), “Dios y sólo Dios... En su cruz y a solas con El en el calvario, el consuelo que en nuestras penas nos niegan muchas veces los hombre” (920).

Rafael medita en su vida y sus altos ideales: “... de esta pobre alma que algún día llena de orgullo quiso volar, y Dios, en su infinita bondad, cortó las alas, la humilló y la mostró lo que era..., un poco de basura, con mucha vanidad..., eso es todo” (963). ¿Cómo sufre el cristiano?, nos hemos ido preguntando a lo largo de esta conferencia, y Rafael nos da la respuesta: “Cristo nos enseñó a sufrir, nos enseñó a callar, nos enseñó a no desear más que lo que quería su Padre. ¿Cuándo vamos a aprender?” (965).

Rafael decide ponerse en la fila de los seguidores de Jesús: “Si vieras que a Jesús



le seguían una turba de pecadores, de pobres, de enfermos, de leprosos. Si vieras que Jesús te llamaba y te daba un puesto en su séquito, y te mirase con esos ojos divinos que desprendía amor, ternura, perdón y te dijese ¿por qué no me sigues? (...) Si tú me admites, voy. Si tú quieres puedes sanarme... No me importa que el camino por donde me lleves sea difícil, sea abrupto y esté lleno de espinas. No me importa si quieres que muera en una cruz...” (966).

Y allí va Rafael, a morir a la Trapa. El 15 de Diciembre de 1937, Rafael ingresa por cuarta vez, y al día siguiente por indicación del P. Teófilo comienza un cuaderno, Dios y mi alma, precioso escrito para adentrarnos en el alma de este joven de 26 años. El mismo P. Teófilo, tras la muerte del hermano nos indica que en ellos nos describe su calvario interior, su amor de locura a Jesús crucificado y ternísimo amor a la Virgen de los Dolores. Lo cierto que la cruz y el sufrimiento se respiran por doquier a lo largo de todo este escrito.

El silencio de Dios, el sufrimiento: “Señor, tened piedad de mí... Sufro sí..., pero quisiera que mi sufrimiento no fuera tan egoísta” (1.008). Viendo a Jesús desnudo crucificado, las blancas cogullas trapenses ya no le dicen nada... (cf. 1.043). La cruz se acerca a Rafael y Rafael se acerca a la cruz. Este movimiento se va expresando en este escrito por medio de frases que van intensificando un encuentro íntimo, un abrazo entre Jesús crucificado y el Rafael enfermo y agotado: “déjame, Señor, vivir al pie de tu Cruz...” (1.047); “quisiera vivir de amores a los pies de tu Cruz” (1.103), y su “única dicha es morir abrazado a la cruz de Jesús, entre lágrimas de dolor, suspiros y ansias de cielo y de amor” (1.123).

Pienso que es innecesario en esta conferencia .repetir los textos de este escrito Para nuestro propósito creo que con lo dicho nos muestra que Rafael por medio del sufrimiento encontró la cruz, y como cristiano supo llevarla como su maestro. Su muerte lo testifica, cumplió su verdadera vocación, morir en la Trapa. Esta vocación la cita en cinco ocasiones a lo largo de sus escritos. La primera en 1934 tras recibir el hábito de monje le confía a su madre “*pero ahora ya me puedo morir contento..., ya soy Trapense*” (141), pero tras declárasele la diabetes, Rafael triste y asombrado tiene que dejar su Trapa y escribía así a su tío: “*Esta enfermedad es muy larga y no sé cuándo podré volver a mi monasterio, y no sé cuando será, pero Dios me dice que yo moriré trapense*” (169), también el mismo año de 1936 se lo confiesa a su abuela Fernanda.

No obstante esta vocación a morir trapense, pienso que se convirtió poco a poco no ya en una realidad lejana, sino muy cercana. Por ello ingresará por cuarta y última vez. Si no fuera por una verdadera vocación, llamada divina, cualquier persona prefiriera morir entre los suyos que entre extraños. Pero para Rafael, aunque su permanencia en la Trapa no llegó a los dos años, sabía que pesaba más una vocación que una vida entera entre su familia. Esta, pienso yo, fue la última y definitiva cruz, el verdadero sufrimiento, en donde la cruz le había enseñado a Rafael su verdadera vocación de morir en la Trapa de San Isidro de Dueñas.

“Con qué facilidad juzga el mundo, y con cuánta facilidad también se equi-

voca. Para mi familia es la cosa más natural que yo esté en la Trapa. Mis hermanos, llevados del cariño, desean mi felicidad. Han visto, mientras he estado en el mundo, mis deseos de vivir y morir trapense... Ahora que ya vivo en el monasterio, dicen..., que Dios te ayude, por fin vives en tu centro, ojalá no tengas que volver a salir..., eres feliz en el convento, el mundo no es para ti. Estas y otras razones se hace mi familia. Es natural..., ignoran mi vocación. Si el mundo supiera el martirio continuo que es mi vida... Si mi familia supiera que mi centro no es la Trapa, ni el mundo, ni ninguna criatura, sino que es Dios, y Dios crucificado... Mi vocación es sufrir,..." (1.090-1.091).

4. Conclusión

Pablo, como dijimos más arriba, al final de su carrera, encadenado camino a Roma, en torno suyo se hizo de noche, y sin embargo, lucía la luz en su interior. Dos mil años después, un joven oblato trapense en la soledad de la enfermería de una Trapa moría de diabetes. El sufrimiento en ambos, aunque lejanos en el espacio temporal, se encuentran cerca en lo espiritual. Así desde que Jesús invitara a llevar la cruz a sus discípulos, esta nos purifica de nuestras ilusiones, aunque santas y buenas, muchas veces llena de egoísmos y miserias humanas

Hemos visto en ambos una conversión, un paso decisivo en la vida de cada uno. Un arrepentimiento en ambos, de confiar en la ley a confiar en la Cruz de Cristo. Dios bendice de muchas maneras y nos da la fuerza para afrontar las pruebas. Dios bendijo la muerte de su Hijo en la cruz, la resurrección es el siguiente paso.

Aquí ya topamos con un misterio, final ineludible del todo sufrimiento cristiano. El cristiano canta victoria en Jesús resucitado, Si morimos con Él viviremos y reinaremos con Él. El cristiano por participar del amor y la obediencia de Cristo en la cruz, debe dar muerte constantemente al pecado y al egoísmo, así irradia la alegría y la paz del resucitado (Col. 3,2) . *“En la noche oscura del mundo, sólo la Cruz de Cristo ilumina la senda de la vida... Sólo hay esa verdad que da paz para esperar, ánimo para seguir y confianza para no errar.” (1.194)*





Testigos hoy

Beato Hermano Rafael

Ha habido, sin duda, en la historia de la Iglesia, santos que parecen estar poseídos por Dios, el cual ejerce sobre ellos un atractivo tan fuerte y total que no parecen haber sido creados para el tráfago de este mundo.

Dentro de esta categoría podríamos enmarcar, sin duda, al Beato Hermano Rafael, atraído ya desde su infancia por el magnetismo de Dios que, como poderoso imán, lo orientó hacia Sí sin que el influjo de una vida acomodada y el prometedor futuro que le esperaba tuvieran para él el menor valor.

Abrasado en el fuego del Corazón de Jesús, se fue no sin antes gritarnos a todos que «sólo Él llena el corazón y el alma».

Proclamado Beato el 27 de septiembre de 1992, esperamos y deseamos que pronto la Iglesia lo lleve a los altares.



El duro invierno de Burgos había pasado. La ciudad se despertaba aquel 9 de abril de 1911 con todo el esplendor de la primavera recién estrenada. A las 8,30 de la tarde en el Paseo de la Isla nº 15, al matrimonio formador por D. Rafael Arnáiz y D^a Mercedes Barón les bendecía Dios con el nacimiento de su primer hijo.



Rafael creció en un hogar cristiano junto a sus hermanos Fernando, Leopoldo y Mercedes. A los 8 años y medio hizo la primera Comunión en la Iglesia de las MM. Salesas. Nos dice su madre que ese día Jesús debió ya escogerle para Sí.



A los 9 años entró en el colegio de La Merced, de los jesuitas, y después en el de S. Ignacio, de Oviedo, adonde trasladaron a su padre. En ambos adquirió las bases de una sólida piedad y devoción a María.

Entró en el colegio en octubre de 1920 y a los tres meses se le declararon unas fiebres coli-bacilares que le impidieron la asistencia a las clases. Durante ese tiempo, el P. Oraá, Rector del colegio, le llevaba con frecuencia la comunión.

A esta dolencia le siguió una grave

pleuresía y, cuando se recuperó de ambas, le llevó su padre a Zaragoza para dar gracias a la Virgen del Pilar y ofrecérselo a Ella. Sin duda María lo aceptó.



ANTE EL
CABALLETE
PASABA
HORAS Y HORAS
EN SILENCIO,
ABSORTO EN
UN PAISAJE
O UNA IMAGEN...

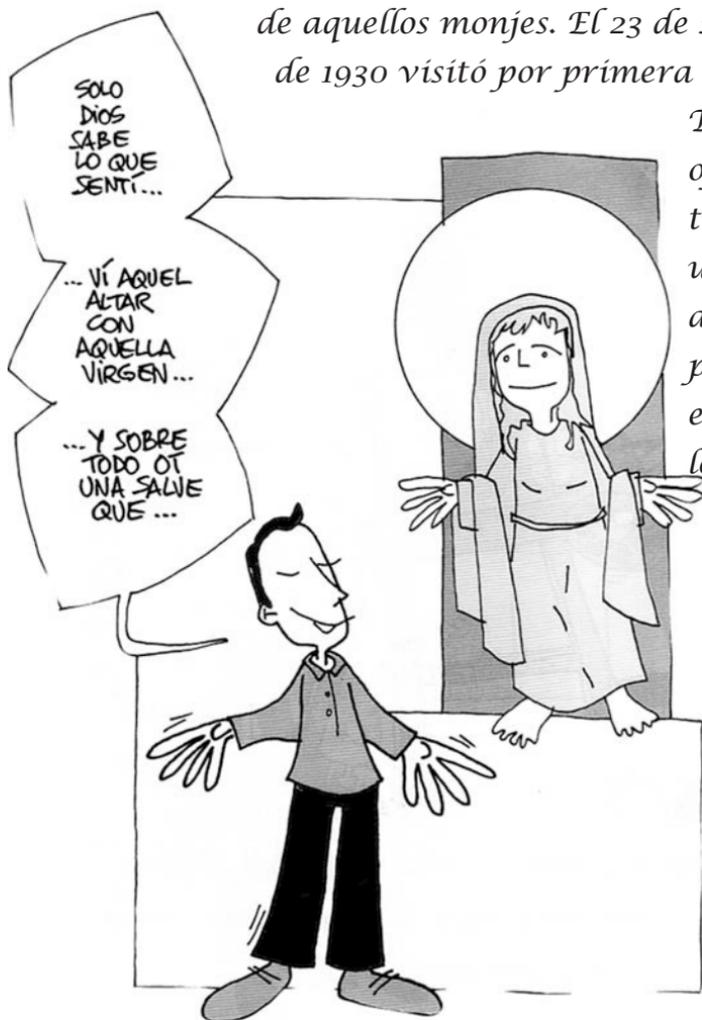


Sus
profesores
decían de él
que era un
niño inteli-
gente, alegre,
travieso en
los juegos,
formal en los
estudios y
muy
piadoso.

En
1926, a
petición suya,
comenzó clases de dibujo y
pintura con D. Eugenio Tamayo, que le preparó para
iniciar los estudios de arquitectura. El amor a la
pintura fue siempre la faceta más destacada de su
espíritu. Quizás Dios se valió de esta sensibilidad de
artista para atraerle hacia Sí.

En 1929, al acabar los estudios medios y como premio a sus calificaciones, pasó el verano en la finca de su tío, los Duques de Maqueda, tenían en Ávila, llamada Pedrosillo. Allí dibujó la portada para el libro que su tío había traducido del francés, titulado «Del campo de batalla a la Trapa», y le entraron las ganas de conocer la vida de aquellos monjes. El 23 de septiembre de 1930 visitó por primera vez la

Trapa: sus ojos penetraron en un mundo desconocido para él y se enamoró de lo que vio.



Después de aprobar el examen de ingreso en la escuela de arquitectura, se trasladó a estudiar a Madrid, sin abandonar su vida de piedad, y se instaló en la Pensión Callao, situada en la Gran Vía, con su amigo Juan Vallaura. En enero de 1933 le llamaron para cumplir el servicio militar.

Cuando le tocaba hacer la guardia hablaba de Dios a sus compañeros y les invitaba a rezar el rosario. Era muy guasón y le gustaba hacer caricaturas.



En posteriores visitas a la Trapa, Rafael descubrió que Jesús le llamaba para seguirle y, en noviembre de 1933, escribió al P. Abad solicitando ingresar en la Orden del Cister, diciéndole que, si le admitía, recibiría un corazón muy alegre y con mucho amor a Dios. Y fue admitido.

Después de haber pasado las fiestas de Navidad, el 7 de enero de 1934, se lo dijo a su madre. La madre se lo comunicó a su padre, que

exclamó: «¡Bendito sea Dios por el favor tan grande que nos hace!»





El día 15 de enero de 1934 le llevó su padre a la Trapa y le dejó allí bajo el amparo de Dios, de la Virgen y de los monjes. Rafael venía de un mundo lleno de comodidades. Ahora tendría que acostumbrarse a una vida muy austera, como lo era en aquella época. En el Monasterio era feliz y daba gracias a Dios. El 18 de febrero le dieron el hábito y se llenó de alegría, y le escribió a su madre: «Hace una hora que no soy Rafael a secas; ahora me llamo Fray María Rafael».

Pero apenas llevaba cuatro meses en la Trapa cuando le aparecieron de repente los síntomas de una enfermedad llamada diabetes. En los trabajos del campo, un día se sintió muy cansado y no pudo seguir. Le mandaron a la enfermería y descubrieron que tenía mucho azúcar y que había que ponerle en tratamiento y en el Monasterio no se podía.

Llamaron a su padre y llegó al día siguiente: Rafael había perdido 24 kilos, estaba muy débil y tenía una pena muy grande por tener que dejar su amado Monasterio.





La diabetes es una enfermedad crónica que nunca se le curaría. Volvió como oblato, que quiere decir que hizo de su vida una ofrenda a Jesús por la salvación de los hombres. Pero su enfermedad empeoró y tuvo que salir otra vez. De nuevo volvió a entrar porque vio que Jesús le llamaba a seguirle en la Trapa. Pero, con motivo de la guerra civil, sólo quedaban niños y ancianos en el Monasterio, y el enfermero que le cuidaba estaba en el frente.

Salió por tercera vez el 7 de febrero de 1937. Esta vez fue a Villasandino, un pueblo de la provincia de Burgos en el que sus padres tenían fincas y una casa solariega. Allí pasaba largos ratos de silencio en el jardín, orando y contemplando el cielo azul.

Pintó muchos rincónes del pueblo y un rostro de Cristo en la pared de la subida al desván de su casa.

*Mientras, su corazón era un volcán de amor que quería gritar a todos:
«¿Dios, solo Dios!»*



SIENTO
MUY DENTRO
DE MI ALMA
ESA DULCE
MIRADA
DE JESÚS...

SIENTO
QUE NADA
DEL MUNDO
ME LLENA...
QUE ¡SOLO DIOS,
SOLO DIOS,
SOLO DIOS!



Pero él deseaba volver a la Trapa, y decía «Si Jesús viene a buscarme y me mira, ¿no dejaré todo para seguirle? ¿Puedo ponerle la excusa de que estoy enfermo o de que no tengo enfermero que me cuide? No soy yo, ni mi enfermedad, el centro, sino Jesús». Y así volvió por cuarta y última vez al Monasterio el 15 de diciembre de 1937. Y en un rincón de la Trapa amó a Dios desde su enfermedad. Jesús, María y la Cruz eran sus amores.

El Señor le dio la cruz de su enfermedad, que en el Monasterio se le volvió inmensa porque no la podía cuidar como necesitaba. Mucho le costó a Rafael volver esta cuarta vez a la Trapa, pero volvió. Era el 15 de diciembre de 1937. Él y su madre sintieron, al fundirse en un abrazo, que aquel era su último adiós en la tierra.





*En
medio del
dolor, no
perdió la
alegría ni*

la paz, porque lo vivía todo desde el amor que se entrega como Jesús crucificado. Y así el 27 de febrero de 1938, dos meses antes de morir, le ofreció a Jesús lo único que le quedaba, la vida. El domingo de Pascua le impusieron la cogulla y se llenó de gozo y gratitud. Su padre, que le visitó se fue feliz al verle tan bien.

Pero la mejoría fue sólo aparente. El 22 de abril le dio una fuerte subida de azúcar. El 24 entró en coma diabético. El 25, como una gracia de la Virgen, recobró las facultades y vio que llegaba su hora. El 26 de abril, hacia las 7 de la mañana, cuando el sol comenzaba a inundar de luz toda la naturaleza, se fue al encuentro del Dios que abrasaba su corazón, y de María a la que tanto quería. Acababa de cumplir 27 años.



FAVORES TESTIMONIOS FAVORES

Alma de gigante en lo pequeño

Muy estimado y Revdo. Padre: Ante todo quisiera darle las gracias, por el bien tan grande que hacen a las almas con los escritos de Rafael.

Ya estoy jubilada, y por eso más tranquila para estudiarlo. Mi conocimiento de su vida cuenta desde mi juventud, 18 años, y he sentido verdadera devoción y envidia si se puede tener a un Beato.

La sencillez vista en su vida y lo extraordinaria en el momento en el que se la estudia, se queda una anonadada viendo el temple y alma de gigante que en lo pequeño supo hacer cosas maravillosas para Dios, y siempre con la ayuda de María.

A mi personalmente, me ha hecho sentir la alegría de saber sufrir y amar a Dios en medio de las cruces de cada día.

Soy hija de familia cristiana, estuve en la vida religiosa y conocí sus Obras Completas, admiré y me enamoré de su vida, y hoy es un incentivo para seguir sacrificándome y amar a Dios en una entrega total a los demás.

Frecuento el Monasterio de “La Oliva” Navarra, allí encontré un nuevo libro: “El deseo de Dios y la ciencia de la Cruz”, me ha gustado mucho y ha sido un complemento con las Obras Completas que ya tengo.

Cayó en mis manos una estampita de él con la oración del Beato, no se pasa un día sin dirigirme a él. Le estoy encomendando un favor muy íntimo, y espero que desde el cielo Rafael me ayude.

Estuve ante su tumba hace años, y qué alegría tendría volver a visitarla, no pierdo la esperanza.

Revdo. Padre, perdone mi atrevimiento, necesitaba hablar de mi devoción con alguien; he estado con problemas que surgen en familia muy vacía, y tengo que aprovechar el tiempo amando cada día un poco más al Señor y a la Madre..

Le ruego pida para que me santifique, yo ruego por todos Vds. con verdadera devoción.

Afectísima en Cristo

M. Catalán - Corella

* * *

No me sacio nunca de su profunda espiritualidad.

Estimado P. Alberico: Paz y Bien.

¡Con cuanta alegría recibo sus cartas siempre acompañadas de algún recordatorio del Hermano Rafael, como le agradezco su amabilidad.

Que pensamiento tan cierto cuando me escribe, que el Hermano Rafael ya no vivía de ilusiones, sino de Dios, ¿qué otra forma de vivir nos puede llenar de verdad? ¿Qué otra ilusión sino la de vivir ya aquí en la tierra, un poco de lo que viviremos en la eternidad, que no será otra cosa que vivir de la vida de Dios?.

Lo que pasa es que nos cuesta soltar tanto lastre como arrastramos, tanto apego a las cosas que creemos nos dan felicidad, para al final quedarnos siempre con la sensación de que es otra cosa la que buscamos.

FAVORES TESTIMONIOS FAVORES

Bendito Fray M^a Rafael, que supo entender que tan sólo en Jesús, se encuentra lo verdaderamente importante; el mismo Beato Rafael lo expresaba cuando escribía: “¡Qué bien comprendo la vanidad de amar lo perecedero”, y también cuando decía: “Ilusiones de cielo, ilusión que dura la vida y que después no defrauda”. No me sacio nunca de su profunda espiritualidad.

De cuando en cuando, me gusta volver a leer los escritos, pero lo hago abriendo el libro por cualquier parte, da igual, porque siempre encuentro un texto, una frase, que me habla de Dios “su tema”, como decía él.

El otro día, al abrirlo salí una frase que dice: “Comprendo muy bien los arranques de los Santos, que gritaban por las calles y plazas en nombre de Cristo”. Cómo me recuerda a San Francisco de Asís, que por donde quiera que pasaba iba gritando: ¡“El Amor no es amado!”.

También en otro apartado dice: ¿“Verdad que a nadie oyes hablar de Dios”? “¿Verdad que parece que todo lo que con El se relaciona, es cosa como de segundo orden?”, y añade que quisiera ser loco..., loco de Cristo”... También a Sn Francisco lo llamaban loco, el “Loco de Dios”, “el Juglar de Dios”, porque saltaba, cantaba y bailaba lleno de gozo las alabanzas a Dios, porque hablaba y predicaba a nuestros hermanos los peces, las aves, en fin a toda la creación, ya que en ella, al igual que el Beato Rafael, veían el bello rostro de Dios; feliz locura que les hizo a los dos vivir encendidos de amor a Dios.

Discúlpeme, Padre, si me alargo escribiendo, pero da tanta felicidad hablar de estas cosas...

Un afectuoso saludo

Blanca Velasco Ortega (Valencia)

* * *

¡Ya verás cómo apruebas!

Estimado Señor: Hace unos años, una compañera de trabajo, me enseñó unas hojas con una novena al Siervo de Dios Fray M^a Rafael Arnáiz. Yo hice fotocopias de la misma, y creo que en aquella ocasión hice la novena (ni siquiera lo recuerdo), luego quedó olvidada en un cajón.

Hace un mes, una hija que padece mucho de aparato digestivo, preparó unas oposiciones muy difíciles, en las que salen muy pocas plazas.

Todos estábamos muy preocupados por su salud, los médicos opinan, que sus padecimientos se deben, en gran medida, al estrés y los nervios. Ella es muy perfeccionista y muy trabajadora.

Cuando iba a hacer el último ejercicio oral de las oposiciones, apareció providencialmente y sin buscarla la novena de Fray M^a Rafael. Yo la hice con toda mi esperanza puesta en que él pidiera al Señor, junto con nosotros, que aprobara, y así se acabarían también sus problemas de salud.

Fue a hacer el examen en las peores condiciones, pues justo ese día, tenía una grave infección de hongos muy molesta. Yo le decía, es para mayor gloria de Dios. Verás cómo a pesar de todo, apruebas.

Y así ha sido. Estoy muy agradecida a la intercesión de Fray M^a Rafael, porque estoy

FAVORES TESTIMONIOS FAVORES

convencida, que Dios a él, no pude negarle nada.

Sigo pidiendo por su salud y no dudo que, si así le conviene, se la dará el Señor por mediación de Fray M^o Rafael, que veamos pronto en los altares.

Un saludo

María C. Martínez - Astorga

* * *

El Beato puede ayudarnos

Estimados Padres Cistercienses: Me pongo en contacto con ustedes con humildad y fe, para rogarles que recen por mi madre Amalia, enferma de cáncer, que ya en dos ocasiones pudo superar (1993 y 2005) gracias a las oraciones y a la fe que tuvimos en Jesús, la Virgen María y especialmente en el Beato Rafael.

Yo les ruego que una vez más, el Beato Rafael pueda ayudarnos, y para ello les agradeceríamos mucho, nos pudieran enviar una reliquia de él.

No se si eso es factible, pero desde la tristeza y el dolor se lo pido con toda la fe y humildad. Se lo agradezco con todo el corazón. Que Dios les bendiga.

Marta

* * *

Nunca he dejado de ser escuchado

Querido P. Vicepostulador de la Causa del Beato Rafael, y querida Comunidad de San Isidro de Dueñas: Sólo unas líneas para manifestarle mi enorme gratitud, respecto a los favores que llevo recibiendo del H^o Rafael. No sabría por donde empezar, lo cierto es que siempre que me encomiendo y solicito su ayuda, en momentos difíciles, nunca he dejado de ser escuchado, aunque no lo merezco.

Varias veces he tenido problemillas de salud, unas afecciones gripales e intestinales han hecho subir la fiebre de forma considerable. El Señor me ha escuchado por medio del Hermano Rafael, pues en unas horas, la fiebre ha bajado rápidamente. La medicina hace sus efectos pero ¿tan rápido?... Seguro que su ayuda también está presente.

En otra ocasión me presenté a un puesto de trabajo, que todavía conservo. Eramos doce personas para la plaza, y había gente que en la fase de concurso, me sacaba muchos puntos. Sin embargo pude obtenerla, y sin duda que la mano de Dios con ayuda del Hermano Rafael también estuvo allí.

Que su ejemplo de sencillez, entrega y humildad, nos ayude a ser mejores, y así se lo pido al Señor.

Atentamente

J.L.C.

* * *

FAVORES TESTIMONIOS FAVORES

¡Gracias, Rafael!

Querido Padre Vicepostulador: A través de estas líneas quiero ponerle en conocimiento de la gracia que recibí al encomendarme al Hermano Rafael.

Yo fui operada en la Paz (Bolivia) de catarata en un ojo.

De momento me fue bien, pero se desplazó el lente intraocular que me habían puesto a mi otro ojo que había estado mal desde nacimiento. Aunque la operación no era complicada, por mi edad, 87 años, podía serlo.

Le dí al oculista una estampita del Beato, fui intervenida y mejoró mucho la visión. Cuando fui a agradecerle al Doctor que me hizo la cirugía, me enseñó la estampa y me dijo: ¿“Conoce a éste”? Era el Hermano Rafael..., pues a él le va a agradecer la mejoría.

El oftalmólogo, conserva la estampa bajo el cristal de su mesa de escritorio en el consultorio. Quiero agradecer a Dios que se vale de sus siervos santos, para ayudar a los humanos.

¡Gracias Rafael!

Atentamente

Hna. Araceli Revuelta

(La Paz - Bolivia)

* * *

Con sus escritos, nos da vida

Querido Padre: Mi corazón se alegra en el Señor, porque nos ha dado un Hermano tan grande, como el Beato Rafael.

Sus cartas y escritos rebosan gracia y alegría, tienen una chispa que solo leyéndolos, gozas. Sabe de arte y economía, también de tentaciones, despedidas, desgarros, enfermedad y cruz. Pero sobretodo sabe de Dios. ¡Sólo Dios!

Quiero al Hermano Rafael porque es bueno, sencillo, transparente, porque con sus escritos, nos da su vida. El sigue dándonos su fuerza y su apoyo en momentos difíciles. Le quiero, porque el Espíritu del Señor, se posó sobre él, y fue fiel a su designio de santidad. Es ejemplo para nosotros en la enfermedad, y unidos a él decimos: “sí”.

En fin, Rafael enamora, no para apartarte de Dios, sino para lanzarte a su interioridad y a lo que él experimentó tan profunda y vitalmente ¡sólo Dios! Es ejemplo en este mundo tan materializado, de abrazarse a la cruz y lanzarse con gozo a la alegría de la resurrección.

Con un saludo afectuoso

Caya García - LERÍN

* * *

DONATIVOS

Gracias a todos vosotros, los lectores del Boletín y los que seguís con entusiasmo la Causa del Beato Rafael, y especialmente a los que con vuestros donativos en estos meses de Enero-Junio de 2008 habéis contribuido al mantenimiento de esta Causa. Damos vuestros nombres a continuación.

ÁLAVA

VITORIA: Concepción Díez. M^a Dolores Lumbier. Begoña Penanes

ALBACETE

VILLARROBLEDO: M^a Luisa

ALICANTE: Félix Frades. Santiago Dome- nech

COCENTAINA: Franciscanas Clarisas

BADAJOS

ZAFRA: M^a Luisa Medina

ISLAS BALEARES

PALMA DE MALLORCA: Dolores Pascual. MM.Clarisas. RR.Franciscanas
FELANTIX: Sagrario Prohens

BARCELONA: Montserrat Codina. Jesús Losada. Fernanda Carmon. M^a Josefa Virgili

SABADELL: Ana Calvo Duch
CORBERA DE LLOBREGAT: Mari López
Amorós

BURGOS: Josefa Rodríguez Casado. Rosamaría Cámara. Piedad Loma. Blanca Rosayo. Alonso Lomas. Concepción Arana. Ignacia Calleja

CARDENADUJO: Carmina Nuño
MIRANDA DE EBRO: Anónimo
RIOPISUERGA: Justina Gutierrez
VILLASANDINO: María Luz Esteban
VILLOVELA DE ESCUEVA: Segunda Gil

CASTELLÓN

BURRIANA: M^a Jesús Gascó
VILLARREAL: Pedro Población. Manuel
Collonques Moreno. Isabel Carretero.
Conchita Meseguer. Pascual José Clara-
monte

CIUDAD REAL: Consolación Macías. Mariana Cubero

VALDEPEÑAS: Ascensión González

CORUÑA: Concepción Roig. Conchita Nieto. Alfonso Nieto. Cristina Nieto PUENTEDEUME: M^a del Carmen Jiménez SANTIAGO DE COMPOSTELA: Mirian Nieto

GERONA

FIGUERAS: Teresa Aclé
MECANET DE LA SELVA: M^a Luisa Planas

GRANADA: Angel Puerta

GUADALAJARA: Luis del Monte Santos
BRIHUEGA: Petra Caballero

GUIPUZCOA

SAN SEBASTIÁN: M^a Paz Ruesgas
LEZCANO: M^a Angeles Ayerbe

HUELVA

ALJARAQUE: Juan Luis Pacheco

HUESCA

BALDELLOU: Rosario Salva
SABINÁNIGO: María Latas Pueyo

LEÓN: David Pérez. José M^a Fernández. M^a

Teresa Villa. Alejandro López
ASTORGA: Sor Natividad Yáñez
CARRIZO DE LA RIBERA . Casilda
Martínez. Porfirio Pérez
CIFUENTES DE RUEDA: Olimpia Salas
GRADEFES: Familia Villacorta
PRIORO: Isabel Casquero
TEJERINA: Aurora Villarroel
VILLANOFAR DE RUEDA. Milagros del
Pino

(LA) RIOJA

LOGROÑO: M^a Jesús Adaiz. Josefa

LUGO

CHANTADA: M^a Teresa Eyre
MADRID: Una familia. Blanca González. M^a
Dolores Rubio. Carmen Valle. M^a Asunción
Vizán. Carmen Marín. Charo Delgado.
Esperanza Delgado. Josefina Gonzalo. M^a
Edelmira Márquez. Antonia Sanz. Oliva
Omana. Juan González
ALCORCÓN: Patricio García
MÓSTOLES: Pedro Bonilla
POZUELO DE ALCORCÓN: M^a de las
Nieves

MÁLAGA: Emilio Saborido TORREMOLINOS: Fernando Barón G.Tablas. Teresa Barón

MURCIA: Rosa Maunans. Angel Soler Larrosa. Ascensión López

NAVARRA

PAMPLONA: Isabel Melamendía. Carmen
Zalba. Carmen Belamendía

ORENSE: Rosa Peregil. Berta Iglesias. Elisa Tejada

CARBALLINO: María Ferreire Pérez

ASTURIAS

OVIEDO: Angela Picado. Isabel Cueto. M^a
Natividad Fernández. Lolita Rodríguez. Lola
Suárez Suárez
AVILÉS: Julia Villanueva
CUDILLERO: Ana Román
FIGAREDO. Amparo Costales
GIJÓN: Elena Cabañín
LENA: Luz Sánchez
SARIEGO: M^a Luisa González

PALENCIA: Pilar Lindosa. Isabel Díez. Félix.
Angeles Fernández. Milagros Paredes.
Pilar. Mercedes López. José Cieza. J.J.
Martín. M^a Teresa Mediavilla. Angela
Retuerto. Elia Burgos. Yolanda Minguez
ALBA DE CERRATO: Nati Méjida
AMPUDIA: Anónimo. Concepción Gutierrez
BANOS DE CERRATO: Angel Barrigón
CARRIÓN DE LOS CONDES: Hijas de la
Caridad. Teresa Garrachón
CEVICO DE LA TORRE: Esperanza
PÁRAMOS DE OJEDA: Isabel Bartolomé
TARIEGO: María González
VENTA DE BANOS: M^a del Carmen

Villullas. M.C.P.
 VILLADA: Margarita Truchero
 VILLAJIMENA: Teótimo
PONTEVEDRA: Laura Ventín
SALAMANCA: Alejandro García Miguel. M^a
 Pilar Charro Sánchez. Familia Sánchez
 Fraile. M^a Paz Benito. M^a Teresa Rodero
SANTA CRUZ DE TENERIFE
 PUERTO DE LA CRUZ: Teresa Pérez
 Medel
SANTANDER: Arsenio Doben. María de los
 Rios. Ana Aguirre
 LAREDO: Cándida Manuela Braño
 TORRELAVEGA: Marta Gómez
SEVILLA: Angel Alonso
 CORIA DEL RIO: Catalino Gómez
 LA CAMPANA: M^a Osuna Martín
 SORIA: Miriam Ortega Cano. Elvira
 Martínez. Didia Bravo. M^a Angeles Sotillos
TARRAGONA
 ALLANAR: Carlos Castón
TERUEL: Presentación Bernal
TOLEDO: Excursión de Toledo
 CUERVA: Carmelitas Descalzas
 MORA: M^a Esther Angel Esteban
 TALAVERA DE LA REINA: Sagrario
 Mercado
VALENCIA: Blanca Velasco Ortega. Concepción
 Noguera. Emilia Molinero. Anónimo
 ALAQUÁS: Asunción Andrés

ALMUSSAFES: Rosa Pilar Morello
 BOCAIRENT: Rosa Perigüel. Familia Ferré
 LIRIA: Rafael Roca
 POBLA DE BALLBONA: Vicenta Campos
 Jorge. José Marco
VALLADOLID: Félix Lucio. M^a Rocío Manovel.
 Anónimo. Elena Redondo. Flavio García .
 Roberta Mateos
 LAGUNA DE DUERO: Felicidad

VIZCAYA
 BILBAO: M^a Victoria. Isabel Belaris-
 teguigostia. Salvia Díaz. Mauro Tejido. José
 Amador Castro. M^a del Carmen

ZAMORA
 RIHONOR DE CASTILLA: María
 MozoSantos
 TORO: Manuela Martínez
ZARAGOZA: José Hernando. José M^a de
 Cristo

EXTRANJEROS
ALEMANIA
 AACHEN:H^a Ingrid Mohor
 KRONAU: Familia Beyer
INGLATERRA
 NOTTS 581 OHJ: Gabela Larwood
ITALIA
 ROMA: Hermanas Hospitalarias. Giovanna
 Piras
PORTUGAL: Salomé Rut

En cumplimiento de lo dispuesto en el artículo de la Ley de Prensa e Imprenta, hacemos constar que las personas y órganos rectores de la presente publicación son los que figuran a continuación, de acuerdo con la correspondiente inscripción en el Registro de Empresas Periodísticas.

Esta publicación no dispone de patrimonio social y su financiación se realiza a cargo de los donativos voluntarios ofrecidos para la Causa que la publicación patrocina, siendo gratuita la distribución de los boletines.

Para los envíos de testimonios, favores, donativos y consecución de reliquias, dirigirse a:

P. Vicepostulador de la Causa del Beato Rafael

Abadía Cisterciense

34208 SAN ISIDRO DE DUEÑAS (Palencia)

Si desea enviar su donativo mediante transferencia o ingreso en cuenta Bancaria puede hacerlo en una de las siguientes:

Banco Bilbao-Vizcaya Argentaria (BBVA), Palencia: 0182-0496-66-0000031957

Banco Español de Crédito, Palencia: 0030-6018-13-0850204272

Banco Santander Central Hispano, Palencia: 0049-6740-64-2195023211

También puede enviar su donativo mediante Cheque o Giro Postal.

Desde fuera de España puede hacer llegar su donativo mediante giro postal internacional, cheque bancario o transferencia a la cuenta.

Entidad Bancaria: Banco Bilbao Vizcaya Argentaria (BBVA) en Palencia.

IBAN: ES40 0182 0496 6600 0003 1957

BIC: BBVAESMM

Nota.- Al hacer sus ingresos en cuentas bancarias, agradeceríamos que nos envíen fotocopia del justificante ya que el Banco no pasa aviso de ello. Simplemente hace el ingreso, sin detallar nombre y población. Gracias.

Redacción 34208 San Isidro de Dueñas Venta de Baños (Palencia)	DIRECTOR P. ALBERICO FELIZ	LIFER Imprenta, S.L. Polígono Industrial (El Vial) PALENCIA Dep. Legal P/38-1966
---	---	---

DATOS BIOGRÁFICOS

El Beato Rafael Arnáiz Barón nació el 9 de abril de 1911 en Burgos (España), donde también fue bautizado y recibió la confirmación. Allí mismo inició los estudios en el colegio de los PP. Jesuitas, recibiendo por primera vez la Eucaristía en 1919.

Dotado de una precoz inteligencia, ya desde su primera infancia daba señales claras de su inclinación a las cosas de Dios. En estos años recibió la primera visita de la que había de ser su sino y compañera: la enfermedad que le obligó a interrumpir sus estudios.

Recuperado de ella, su padre, en agradecimiento a lo que consideró una intervención especial de la Stma. Virgen, a finales de verano de 1922 lo llevó a Zaragoza, donde le consagró a la Virgen del Pilar, hecho que no dejó de marcar el ánimo de Rafael.

Trasladada su familia a Oviedo, allí continuó sus estudios medios, matriculándose al terminarlos en la Escuela Superior de Arquitectura de Madrid.

Con una inteligencia brillante, Rafael estaba dotado de destacadas cualidades para la amistad. A la vez que crecía en edad y desarrollaba su personalidad, crecía también en su experiencia espiritual de vida cristiana.

En su corazón bien dispuesto, Dios quiso suscitar la invitación a una consagración especial en la vida monástica. Habiendo tomado contacto con el monasterio cisterciense de San Isidro de Dueñas –su Trapa– se sintió fuertemente atraído por lo que vio era el lugar que correspondía con sus deseos íntimos. Allí ingresó el 15 de enero de 1934.

Dios quiso probarle misteriosamente con una penosa enfermedad –la diabetes sacarina– que le obligó a abandonar tres veces el monasterio, adonde otras tantas volvió en aras de una respuesta generosa y fiel a lo que sentía ser la llamada de Dios.

Santificado en la gozosa fidelidad a la vida monástica y en la aceptación amorosa de los planes de Dios, consumó su vida en la madrugada del 26 de abril de 1938, recién estrenados los 27 años, siendo sepultado en el cementerio del monasterio.

Pronto voló imparable su fama de santidad allende los muros del monasterio. Con la fragancia de su vida, sus numerosos escritos continúan difundándose con gran aceptación y bien para cuantos entran en contacto con él.

El 20 de agosto de 1989, SS. Juan Pablo II, con ocasión de la Jornada Mundial de la Juventud, le propuso como modelo para los jóvenes en Santiago de Compostela, declarándolo Beato el 27 de septiembre de 1992 para gozo de la santa Iglesia y prenda de gracias para todo el pueblo de Dios.



Crucero moderno, ante la puerta románica de la Iglesia,
del Monasterio de San Isidro de Dueñas.

CAUSA DEL BEATO RAFAEL - 34208 VENTA DE BAÑOS (Palencia)

Por favor, indique con una X la causa de la devolución

Dirección inexacta.....	<input type="checkbox"/>
Desconocido.....	<input type="checkbox"/>
Ausente	<input type="checkbox"/>
Rehusado	<input type="checkbox"/>
Fallecido	<input type="checkbox"/>
Cambio domicilio.....	<input type="checkbox"/>